

La Ilustración Artística

AÑO XXX

BARCELONA 26 DE JUNIO DE 1911

NÚM. 1.539

PARÍS.—SALÓN DE LA SOCIEDAD DE LOS ARTISTAS FRANCESES. 1911

LA MEDALLA DE HONOR DE LA SECCIÓN DE ESCULTURA



LOS VOLUNTARIOS DE 1792, escultura de Pablo Gasq

(Reproducción autorizada por el Sindicato de la Propiedad Artística de París.)

SUMARIO

Texto.—*La vida contemporánea*, por la condesa de Pardo Bazán. — *La enfermita*, cuento de Julio Hoyos. — *Pablo Gasq*. — *Ruán. El milenario normando*. — *París. Monumento á León Serpollet*. — *Cuadros de Carlos Ripamonte*. — *Actualidades deportivas parisienses*. — *Un busto de Mistral*. — *Tarragona. Centenario de la Independencia*. — *Justicia humana* (novela ilustrada; continuación). — *Barcelona. Concurso hípico. En honor de Mejía Lequerica*. — *Roma. Tumba de Rafael en el Panteón. Inauguración del Estadio Nacional*.

Grabados.—*Los voluntarios de 1792*, escultura de Pablo Gasq. — Dibujo de Tamburini, ilustración al cuento *La enfermita*. — *Pablo Gasq*. — *Milenario normando* (lámina). — *París. Monumento á León Serpollet*. — *Recuerdo de Chioggia (Italia)*. — *Tipos criollos*. — *Doma de potros*, cuadros de C. P. Ripamonte. — *El aviador Vidari*. — *Fiesta aeronáutica «Stella»*. — *El aviador Lamartín*. — *Gran Steeple-Chase de Auteuil*. — *Las palomas del buen agüero de San Juan*, dibujo de Ricardo Pellegrini. — *La danza*, cuadro de Alberto Thomas. — *Noches de España*, cuadro de Pedro Ribera. — *Busto de Mistral*. — *En la fuente*, dibujo de A. Osterlind. — *Srta. G. Cornwallis West*, dibujo de J. S. Sargent. — *Placa de bronce*. — *Actualidades barcelonesas*. — *Roma. Tumba de Rafael. El Estadio Nacional*.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Hay un deporte que, según creencia generalizada en estos últimos años, tiene en contra á las brujas, á las hadas, á todos los duendes maleficiadores de un espectáculo que exige buen tiempo, porque se verifica al aire libre. No cabe duda que el clima de Madrid ha cambiado bastante, y de ello se resiente el concurso hípico.

¿Por qué ha cambiado el clima de Madrid? Las explicaciones que he oído, confieso que no me satisfacen. Unos dicen que por la traída de aguas. Otros, que por el arbolado (conste que no lo veo ó, al menos, veo poco), otros, que por el enfriamiento del sol. ¡El enfriamiento, y así tan aprisa! En fin, y sea por lo que fuere, el clima ya no se parece al del Madrid de mis juventudes que, por muy remotas que quieran suponerse, no se remontan al siglo XVIII. El Madrid de mis juventudes era caluroso, seco, de cielo azul, de días claros y de noches estrelladas. El Madrid actual es húmedo, frío casi hasta julio, de celaje gris, de aceras mojadas y arroyo cenagoso; un Madrid en el cual el concurso hípico se desgracia, de tres tardes, dos y media.

Es inverosímil lo que se ha prolongado este concurso, por las suspensiones y aplazamientos debidos al mal estado del tiempo, al encharcamiento de la pista.

Los oficiales, que han venido á disputarse los premios, llevan en Madrid más de un mes, y sucede con esto lo que con una lectura interrumpida; se pierde el hilo; el interés decae.

Decae tanto más, cuanto que ya era tenue, al menos para la mayor parte del público, que no ve los matices y sólo aprecia lo de mayor relieve, incluyendo entre lo relevado la hipótesis de una caída, de un desboque, de que un caballo, saltando la leve barrera que separa al concurso de la pista, realice un número sensacional, el de pasar por encima de tres sombreros con plumas que sombrean á sus correspondientes señoritas con falda escurrida, y no producirles—á las señoritas, por supuesto,—más daño que el consiguiente susto...

Aparte de estas contingencias, el espectáculo adolece de monotonía. Eso sí: para quien tenga ojo de pintor, el telón de fondo es bellissimo, cuando sobre él se destacan notas de colorido tan alegres y modernas como las que el concurso da de sí. Tanto caballo, de capas tan diversas, desde el blanco argentado hasta el negro azabache; tanto soldado, de uniformes de colores vivos, en actitudes vigilantes, cuidando de las monturas de sus jefes; tantos oficiales, formando animados grupos; tanto *habit rouge*, con el *chic* inglés de su traje que les hace asemejarse á figuras esmaltadas en alguna petaca ó fosforera de británico origen; tanto mozo de cuadra, de gorrilla con visera, chaleco de ante y abotonado calzón; tanto aficionado, que ha venido á caballo y pasea á pie, calzada la espuela y látigo en puño...

Y todo ello, sobre el tapiz fresquísimo del césped aun impregnado de lluvia, con la línea amplia y majestuosa de los edificios y cúpulas del Hipódromo al frente, y los hoppers de arbolillos que prestan al conjunto la gracia coquetona de un tapiz versallesco. Porque lo hemos de reconocer: la lluvia, que tiene sus inconvenientes, ha venido á dotar á Madrid de un encanto del que carecía, el de la frescura, y á libertarle de un enemigo insidioso pero terrible, el polvo, el sucio polvo castellano, resecador de gargantas, enturbiador de la atmósfera, corrosivo implacable, verdugo de la vegetación y de las flores... La extraordinaria finura de tonos que se advierte en el paisaje del Hipódromo, es debida á la lluvia, á la humedad.

Pasando á otro asunto diré que el gran actor Fe-

ruccio Garavaglia ha trabajado para un teatro casi vacío, para un auditorio escasísimo, aunque fiel y convencido. Quizás no todo el repertorio que aquí ha representado sea muy á propósito, ni para atraer al público, ni aun para el lucimiento del artista; y yo creo que dramas como *La Fine di Sodoma* y *La Moglie Onesta*, producen en el ánimo una depresión incompatible con la sensación embriagadora de lo bello. Yo diría pestes de esos dramas de hospital, en que las enfermedades nerviosas y de la médula hacen el gasto y en que el actor tiene que poner cara de lelo, abrir la boca, tropezar en los muebles y trazar rizos con las piernas; y la verdad, hablando en plata, es que la mitad del público no los entiende, y á la otra mitad no le gustan. No porque Sudermann sea un autor de muy europea fama he de renunciar á decir que nada me agradó *La Fine di Sodoma*. La tesis es la misma de *Magda*: el contraste entre las nuevas ideas y la antigua y tradicional sociedad alemana, basada en el deber, en el trabajo, en las creencias, en la familia. El punto de vista se presta á que un hombre dotado de instinto dramático saque gran partido de él, y produzca una obra maestra como *Magda*, llena de verdad y de poesía, dramática y conmovedora. En *La Fine di Sodoma*, lejos de seguir el mismo filón, Sudermann sólo ha logrado crear un carácter odioso, antipático, y hasta inverosímil: el del pintor, protagonista del drama; el cual, más que como pintor, se nos presenta como galán y vicioso, y, por lo tanto, atacado de uno de esos padecimientos cómodos, que surten, en el momento preciso, los efectos que ha querido el autor que surtan; algo como la antigua locura repentina, precedida de carcajada estridente.

El artista, autor del cuadro que, un poco por los cabellos, explica el título del drama, no hace sino estragos en los corazones de las mujeres; todas cuantas salen á relucir en la obra están perdidas por él. No compaginan muy bien la enfermedad y las aptitudes de tenorio que descubre el joven; pero como estas enfermedades de comedia—excepto la del Oscar Alving de *Los Espectros*, la cual es un caso perfectamente clínico—tienen tanto de acomodaticias, el pintor está muy recio y gallardo para sus diabluras, y muy lacio cuando tocan á coger los pinceles. Tan lacio, que, en la última escena de la obra, al intentar dibujar la figura de una de sus víctimas, comprende su impotencia para el arte, y cae abrazado al caballete,

«come corpo morto cade...»

El carácter del pintor no es antipático porque se dedique al *sport* de no perder ripio en materias amorosas; lo que le imprime sello repugnante, es el hecho de que, pudiendo saciar su sed pasional de tantos modos, no respete á la niña que en su casa han recogido, á quien tiene como hermana, y cuya pureza conoce, siendo esta misma sagrada pureza el horrible estímulo del delito. Nadie me convencerá de que la mayor depravación no tiene límites; nadie me persuadirá de que es bello dentro del arte tan repulsivo atentado. Todo cabe en lo real, y todo puede suceder, bajo los efectos de la embriaguez y bajo el influjo de la perversión; pero el autor no nos ha mostrado lo bastante el alma de su héroe, y no sabemos cómo ha llegado á envenenarse y corromperse de tal suerte, puesto que la vida más bien le sonrío. Esa alma enferma, quisiéramos entenderla, para explicarnos cómo puede germinar en ella tanta maldad, como se crió la nidada de víboras. Y, á decir verdad, más que la grandeza del mal, la desesperación byroniana, creemos ver un abismo de tontería, en un hombre que se sorprende de que la niña deshonrada por él, abandonada á la vergüenza; la niña pura y cándida, que le adora á pesar de su crimen y sabe que el burlador va á casarse con otra, se suicide. ¿No se había presentado la hipótesis á su espíritu?

En papel tan poco grato, el actor italiano hizo maravillas. La cruda escena de la seducción fué un portento de realidad y de arte. Yo no sé si Garavaglia es en su país el segundo, el tercero, el primero, ó qué puesto ocupa; el asunto se ha discutido estos días en Madrid, porque nos asedia, como á los chinos, la manía de la clasificación. Renunciando al encasillado, y reduciéndome á decir que Garavaglia es un actor notabilísimo, debo añadir que es desigual, y que si en sus mejores momentos no creo que nadie pueda superarle, tiene otros en que parece dormirse y es lánguido y lento en su labor, antes intensa y sorprendente. Entre los momentos felices debo citar el primero y segundo acto de *Papa Eccellenza*, el quinto del *Rey Lear*, el primero y tercero del *Capitán Fracassa*, el último de *Beethoven*, algunos pasajes de *Tristan e Iseo*, y todo *Kean*; obra en la cual hemos visto á actores de primera línea, nacionales y extranjeros, y ninguno nos ha dejado impresión que supere á la que produce Garavaglia.

Hemos tenido en España un ejemplar de actor desigual, y genialísimo á la vez: hablo de Antonio Vico. Cuando Vico se proponía triunfar, su labor escalofriaba por lo honda. Pero líbrenos Dios de las noches en que no estaba para ello. Parecía un meritorio. Inflúan sobre sus nervios multitud de circunstancias: el mucho ó poco público, la simpatía que este público demostraba á la obra, y hasta, según referencias de Rafael Calvo, la cara del autor y su manera de saludar á «don Antonio»; sin hablar del estado del tiempo, del de la salud, de las preocupaciones y contrariedades de familia, etc., etc. Rafael Calvo era, al contrario, el actor que, al presentarse en escena, dejaba atrás cuanto no fuese el momento y el trabajo, y representaba con igual fe para una media docena de personas, que para una sala llena y vibrante. Se podía asegurar que, en los mismos pasajes, había de emitir la voz con iguales inflexiones, y que sus movimientos serían los mismos, como si los ejecutase un mecanismo perfecto. Gestos le he visto hacer que se dijera ensayados al espejo y, sin embargo, la impresión de la labor artística de Calvo era romántica, vehemente, como si se entregase á la pasión. Y era que hacía cada noche cuanto podía, cuanto cabía en sus facultades, y el que hace cuanto puede, no puede hacer más. Vico, realmente, sólo hacía lo que le daba la gana. Unos días estaba magnífico, otros desesperante.

Garavaglia no abandona toda una obra; sólo, en algunos pasajes (como el último acto de *El capitán Fracassa*) se diría que le entra languidez. En cambio, si trabaja intensamente, hay detalles en su labor que regocijan la vista y el espíritu; hay movimientos que hacen desear que los reproduzca un acuarelista; hay expresiones que son poemas; hay actitudes que valen cien declamaciones; porque estos italianos poseen el secreto de representar sin hablar, tanto ó más que si hablasen. En el primer acto del *Capitán Fracassa*,—que por cierto es el legítimo papá del famoso y jaleado *Cyrano*—cuando aparece el actor echado de bruces sobre un montón de paja, se hacía un cuadro con reproducirlo. En cuanto al desafío, es sencillamente un asombro de ironía, de elegancia, de plástica, de olimpismo. No se puede ir más allá.

Lo repito: el público no acudió, y creo que lo mismo había sucedido en Barcelona. Aquí el caso fué tanto más lamentable, cuanto que el mismo teatro de La Princesa acababa de verse lleno hasta los topes con la *tournee* de la Sorel, mediocre actriz francesa, que tuvo dos rasgos de inspiración: sacar unos trajes muy repampiroantes, y poner las localidades carísimas. Bastó esto para que «el todo Madrid» y «el bello mundo» como diría un autor folletinesco, se precipitase á admirar lo que nada tenía de admirable, excepto desde el punto de vista de la modistería, ó sea de los pingos. Garavaglia fijó precios mucho más admisibles, que, para un espectáculo tan importante, bien pueden calificarse de baratos. No obstante, hubo veces en que se tardó mucho en alzar la cortina, porque parecía enojoso hacerlo ante diez personas.

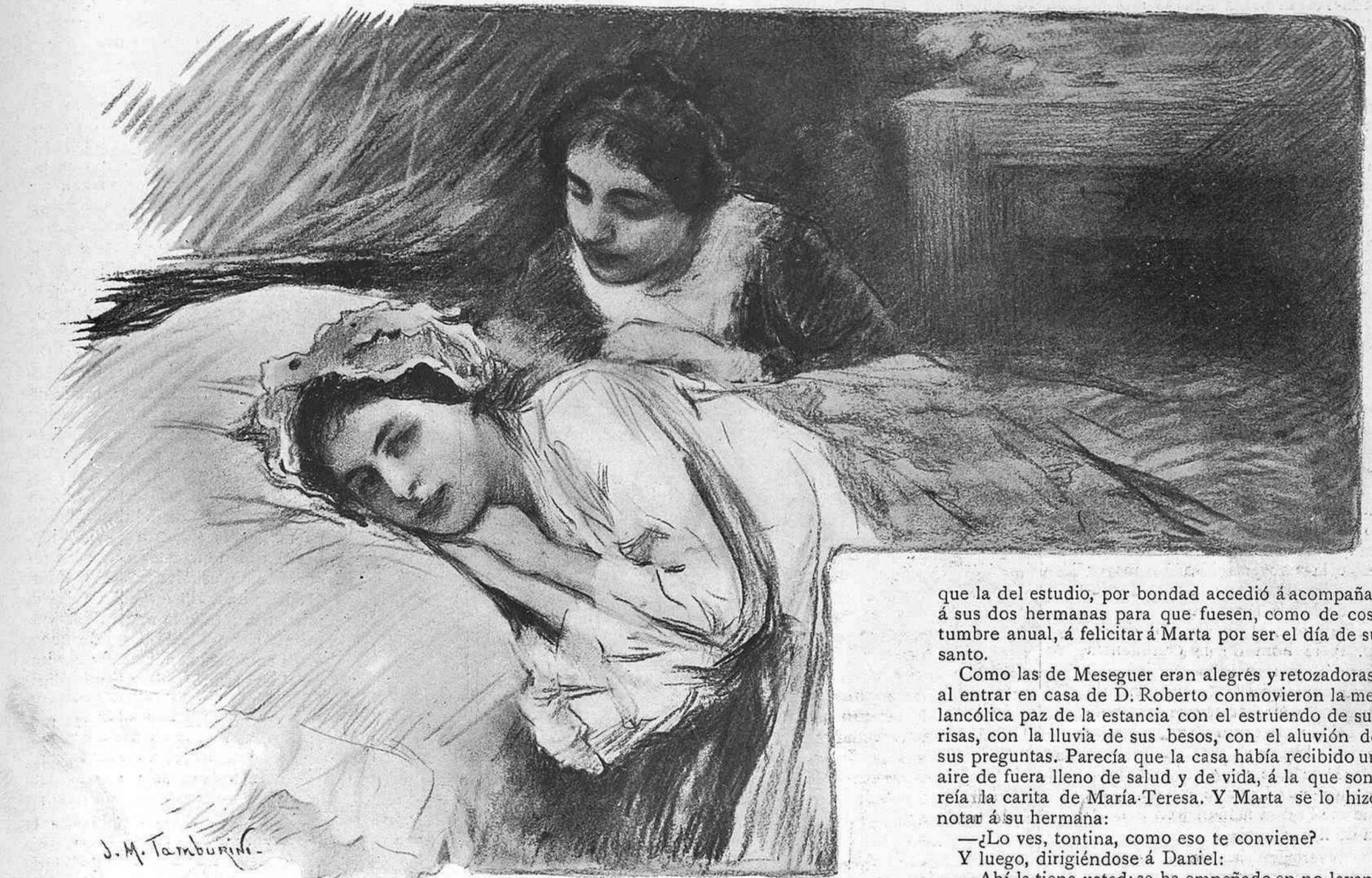
No bastó para concentrar la atención en la figura artística de Garavaglia, el que la gente más elevada de Madrid le oyese recitar, en los salones de la marquesa de Squilache, el episodio de Francesca de Rimini, en *La Divina Comedia*. Yo sospecho vagamente que el Dante no es santo de la devoción de los que frecuentan los salones. No llegarán al extremo de decir, como Ventura de la Vega, «me carga el Dante»; pero poco les ha de faltar. Me agradaba ver con qué devoción hacía Garavaglia su recitado dantesco. Esa chispa de fuego sagrado que nunca se ha extinguido del todo en Italia; ese entusiasmo por la hermosura, que se revela en la entonación con que los niños florentinos, ante las puertas del Bautisterio, exclaman: «¡Oh! ¡Che bellezza!» caldeaba seguramente el ánimo del actor que no había querido leer sino Dante, y que, después del célebre episodio, todavía se arrojó á recitar un canto entero del *Paraíso*, un canto completamente teológico, una delicia para los que hemos saludado un poco el divino Poema, pero acaso un geroglífico chino para bastantes de los oyentes...

El Dante es un clásico, y necesita ser leído con el comentario al margen, sobre todo en las sublimidades del *Paraíso*. De tal modo se mezclan en *La Divina Comedia* lo teológico, lo histórico, lo político, lo local, que no me admira si no la saborea un auditorio de damas, magnates, primates, niñas guapas y galancetes, en la coronada villa, el año de gracia de 1911...

Garavaglia, por lo tanto, al recitar las *terzine* del poeta, trabajó, una vez más, para algunos iniciados, y acaso gustó el extraño placer que nos causa el convencimiento de deleitarnos en lo que no deleita á la muchedumbre...

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

LA ENFERMITA, CUENTO DE JULIO HOYOS, dibujo de Tamburini



J.M. Tamburini

Tú eres la que te empeñas en estar enferma

Era María-Teresa el dolor de la casa. Los médicos aconsejaron al padre repetidas veces que la curación de la enfermita se hallaba en el cambio total de vida; necesitaba aquel ser débil un tratamiento distinto al que recibía; del alma había de llegar la salud para el cuerpo... Pero nadie lo consiguió.

En vano fué que intentaran toda clase de distracciones; que la proyectasen alegres planes de vida nueva; que la despertasen la curiosidad con las perspectivas de toda clase de diversiones; que la hablasen de paseos, de modas, de fiestas y de reuniones; la niña, desde las lejanías de su melancólico abatimiento, contestaba siempre con su vocécita apagada:

—No, no; dejadme, no estoy bien.

Se pasaba los días y los meses hundida en el lecho; á veces Marta, la hermana mayor, intentando abstraerla de aquel sopor mortal, recurría á fingidos reproches con gesto de madre regañona:

—Esto no puede seguir así, María-Teresa. Tú eres la que te empeñas en estar enferma; no tienes compasión del pobrecito papá, que sufre tanto al verte; le vas á matar de pena. Vamos á ver, ¿qué tienes hoy para no levantarte?... ¡Claro, así se te va el apetito y te estás consumiendo en esa bendita cama, y nos consumes á todos!..

Había de suspender el discurso y llenarle la carita de cariñosos besos para que no llorase. Era peor; si la enferma no dejaba salir libremente el llanto, venían á resolver el llanto aquellos ataques cardíacos en los que sudaba la piel, asomaba una espuma amarillenta á los labios, y las manecitas crispadas escaraban la tela que cubría el pecho y arañaban la carne buscando al vampiro que sorbía el corazón.

D. Roberto la mimaba como si fuese hija única, y casi lo era, porque Marta había substituído á la madre desde el día en que se la llevó el ángel de las alas grises; ella manejaba el timón de la casa, y su carácter, enérgico y alegre, contrastaba con el de su hermanita. Era poca la diferencia de edades, pero la dolencia moral y física de la pequeña la envolvía en un aspecto más añinado, en tanto que la exuberante naturaleza de la mayor la presentaba con apariencias más femeniles.

Era María-Teresa el reverso de la medalla de Marta. Recordando las perfecciones de su hermana, á

veces la llamaba para embelesarse en su contemplación: «¡Qué hermosa eres, Marta!» y pasaba por su carita, delgada y pálida, una suave penumbra de tristeza, porque ella era feíta, delicadamente feíta, y se quejaba con amarga resignación, sin sospechar que de todo la redimían sus ojos, de una dulzura incomparable, en los que el alma había fijado su misteriosa residencia.

Cada vez que un pretendiente se acercaba á Marta, la hermanita caía en una profunda tristeza; si se concertaban las relaciones, la nena era presa de mortal melancolía y los ataques cardíacos se repetían con lamentable frecuencia, y cuando no era víctima de los accidentes, la veían llorar sin aparente motivo. Si la mayor la preguntaba la causa de aquel estado incomprendible, ella no daba respuesta aclaratoria, pero, abrazándose á Marta, repetía siempre lo mismo: «¡No me dejes, no me olvides!» y cuando se rompían las relaciones, la enfermita revivía un poco, como si ya no temiese que le robaran el cariño de su hermana.

Entre todas estas alternativas se deslizaba la vida de Marta. Encerrada en la casa, cuidando de su María-Teresa, cuya enfermedad la obligaba á prescindir de paseos, de reuniones, de toda clase de distracción; atendiendo á los achaques de D. Roberto; sacrificando toda su hermosa juventud á los dos seres que constituían su única familia, la joven jamás tenía el menor asomo de protesta. Bien sabía ella en dónde estaba el remedio seguro; no se atrevía á decírselo á nadie, pero á solas lo pensaba: «¡Si María Teresa tuviese novio!» Entonces la enfermita tendría en qué ocupar la imaginación y olvidaría la enfermedad; le invadirían deseos de levantarse, arreglarse, salir de paseo, ir á teatros... ¡vivir, Señor, qué bien le hacía falta!

Y mientras ella mantenía esta esperanza, la vida pasaba por aquella casa, lenta, monótona, desfalleciente...

* * *

La entrada de Daniel Meseguer en casa de don Roberto ocurrió como las cosas más inesperadas de la vida: por casualidad.

Aunque el joven era de un carácter que rechazaba el bullicio mundano y no se le conocía otra afición

que la del estudio, por bondad accedió á acompañar á sus dos hermanas para que fuesen, como de costumbre anual, á felicitar á Marta por ser el día de su santo.

Como las de Meseguer eran alegres y retozadoras; al entrar en casa de D. Roberto conmovieron la melancólica paz de la estancia con el estruendo de sus risas, con la lluvia de sus besos, con el aluvión de sus preguntas. Parecía que la casa había recibido un aire de fuera lleno de salud y de vida, á la que sonreía la carita de María-Teresa. Y Marta se lo hizo notar á su hermana:

—¿Lo ves, tontina, como eso te conviene?

Y luego, dirigiéndose á Daniel:

—Ahí la tiene usted: se ha empeñado en no levantarse de la cama, en no salir á pasear, en que está muy enferma y, al fin, va á conseguirlo.

Entonces él contestaba dulcemente:

—Tiene razón su hermana, María-Teresa: debe usted cambiar de vida; es un egoísmo imperdonable que una muchacha tan inteligente y tan bonita no quiera deberse á los demás y se encierre de ese modo.

Ella le interrumpía toda confusa:

—¡Por Dios, que voy á ofenderme! Lo de inteligente me parece una galantería exagerada; lo otro..., ¡lo otro es una ofensa!

Pero él acabó de turbarla con la cursilería que no quería decir y que, por fin, dijo:

—Ya sabe usted: *la hermosura está...*

Las de Meseguer se quedaron sorprendidas al ver aquel lado desconocido de su hermano.

—¡Chicas, podéis estar orgullosas de haber merecido su conversación! ¡Es la primera vez que le vemos obsequioso!

Y la más picaresca observó:

—¡Ay, ay, ay! Algo saldrá de aquí.

De las dos hermanas, María-Teresa fué la que recibió la alusión; no lo notaron los demás, pero Marta vió el rubor colorear el semblante de la enfermita... Y esta sospecha, deseada como una luz celestial, iluminó el alma de la mayor con un fulgor de esperanzas y de alegrías.

Después de estar toda la tarde riendo y charlando, de acordar que menudearían las visitas para sacar de paseo á María-Teresa, las de Meseguer se marcharon con el loco estruendo de su algarazara, y cuando las dos hermanas se quedaron solas, se abrazaron, se besaron... Todavía en la cama por la noche, de alcoba á alcoba, se cruzaban las palabras proyectando los planes de una vida nueva, y toda la casa se encontraba inundada de una insólita alegría. D. Roberto se sorprendía dichoso de aquel cambio tan radical é inesperado. «¿Pero qué era aquello? ¿Qué ocurría?..»

Nada, ¡qué había de ocurrir! ¡Que el Amor había entrado en la casa!

* * *

Bien pronto las visitas de Daniel fueron diarias. Al principio fué acompañando á sus hermanas; luego iba á ver cómo se hallaba D. Roberto; después, sin pretexto alguno, entraba en la casa, en donde era esperado con impaciencia.

Marta, al notar el cambio operado en la enfermita, sonreía satisfecha de su presentimiento. ¡Ya lo decía ella! Y en efecto, debía de tener razón, porque María-Teresa había sufrido una metamorfosis radical. Se levantaba temprano, salía á pasear, tenía menos inapetencia y... se cuidaba del tocado con marcada coquetería femenina. A D. Roberto tal vez se le escapasen estos detalles, pero había uno capital del que se asombraba con cierto temor religioso: los ataques, rebeldes á los tratamientos facultativos, habían cedido ahora á un poder misterioso que el buen anciano no comprendía.

Una tarde, en que Daniel tardó, María-Teresa se puso muy triste y estuvo á punto de llorar. Entonces la hermana mayor, que sabía la bondadosa necesidad de la confianza, lo puso todo en claro. Desde entonces la ayudó abiertamente. Cuando llegaba Daniel, Marta procuraba sagazmente que la conversación recayera en los asuntos amorosos, y así que lo creía oportuno, con los pretextos de ama de casa, ocupadísima y hacendosa, desaparecía, dejando á los dos jóvenes solos.

Al marcharse Meseguer comenzaba la confianza fraternal y cuando la pequeña notificaba que al desaparecer su hermana Daniel desviaba la conversación, la mayor achacaba el suceso á la falta de tática de María-Teresa.

Hasta que, al fin, llegó lo deseado. A la hora de la confianza María-Teresa se lo comunicó á su hermana: Daniel tenía que confiarla un secreto, un secreto que le inquietaba el alma deseoso de salir al viento de la libertad.

—Dice que yo puedo salvarle, que de mí depende su felicidad; que me lo dirá mañana, en la batalla de flores.

La carroza en que Daniel y sus hermanas llegaron á por María-Teresa para acudir á la batalla de flores representaba un reloj de sobremesa; de todo el florido artificio lo que más admiraba era el Cupido que sobre la esfera amenazaba con el arco armado y vendados los ojos.

Al balcón estaban las dos hermanas y al ver llegar el carruaje batieron palmas alegremente:

—¡Lindísimo, lindísimo!

Antes de bajar María-Teresa á reunirse con los de Meseguer, abrazó á Marta, que se quedaba cuidando de D. Roberto. Fué un abrazo cariñoso, largo, intenso; ese abrazo que se cruza en el momento de las separaciones peligrosas en que se ignora cómo volverán á encontrarse los que se abrazan.

Marta los vió partir sonrientes, alegres junto al misterio seductor del horario, encantado en un instante de oro para el amor, y la victoria de Cupido dando al aire la carne de sus rosas en lo más alto de la pompa fantástica, arrastrada por los blancos caballos guarnecidos de flores.

Cuando entraron en el paseo las hermanas de Meseguer entablaron el tiroto de ramilletes y Daniel pudo hablar libremente con María-Teresa. La niña estaba casi bonita; la coquetería de la hermana mayor había derrochado toda su gracia en adornarla. El se lo dijo:

—Está usted monísima.

Y ella, toda temblorosa, presintiendo la revelación anhelada, no supo cómo responder:

—No sé cómo pagarle tanta bondad.

—Correspondiendo á lo mucho que la quiero.

María-Teresa no podía responder con los labios; al pensamiento subían las palabras y desde allí contestaba que ella también le quería con todo aquel corazoncito enfermo. Pero como la respuesta no vibraba en los oídos y los ojos de Daniel estaban lejos, siguió el joven su confesión:

—Si usted me quisiera como yo la quiero, me ayudaría á calmar esta inquietud que me consume, esta inquietud que usted debe de conocer como la

conoce su hermana, que evita mi presencia, sin saber el dolor que me produce, porque yo necesito que sepa Marta lo que la adoro, lo que...

No pudo terminar; las manos de María-Teresa soltaron el abanico y acudieron al pecho. Se ahogaba; una palidez de cera velaba la carita dolorida y dentro el vampiro sorbía en el corazón.

Tuvieron que regresar en vista del ataque cardíaco que había acometido á la enfermita. El gentío

ejecución, cada figura resulta un modelo de vigor y de vida, formando la agrupación de todas ellas un conjunto de grandiosidad que responde admirablemente al asunto representado.

RUÁN.—LAS FIESTAS DEL MILENARIO

Para conmemorar el milenario de la erección de Normandía en ducado bajo el gobierno de Rollón, á quien Carlos el Simple cedió aquel territorio en virtud del tratado de Saint-Clair-sur-Epte, la ciudad de Ruán ha celebrado recientemente grandes festejos.

Ha habido concursos de tiro, de esgrima, hípico, regatas, representaciones teatrales y un gran cortejo histórico; estos dos últimos números del programa han ofrecido especial interés.

Las representaciones se han efectuado en el patio Albane, al pie de los contrafuertes de la antigua catedral, y han consistido en *El Misterio de San Nicolás y de las tres hermosas doncellas á quienes salvó del pecado* y *El Misterio de Señor San Román*, originales del renombrado poeta havrés Roberto de la Villehervé, quien en estas obras ha reconstituido los misterios de la Edad Media, poniendo en ellas todo el misticismo, toda la ingenuidad y al mismo tiempo toda la gracia que á éstos caracterizaba. Dos compositores, hijos también del Havre, Enrique Noolett y Mauricio Sandrett, han escrito para ambas piezas música de escena y coros que fueron admirablemente cantados por las señoras de la alta sociedad ruanesa. Aquellas representaciones, en las que tomaron parte artistas de la Comedia Francesa y de otros teatros parisienses, tuvieron un éxito extraordinario.

El cortejo histórico fué una reconstitución de la historia de Normandía y en él figuraron más de 1.200 personas. El duque Rollón llegó á bordo del célebre *drakar*, reproducción de la embarcación normanda en que hace mil años aquel caudillo arribó á Ruán acompañado de sus vikingos, y fué recibido por los regidores de la ciudad y por un representante de Carlos el Simple, que le condujeron al atrio de Nuestra Señora, en donde se unió á Rollón y á sus acompañantes el cortejo histórico, que comprendía tres agrupaciones principales: la Normandía de los duques, los Fastos normandos y las carrozas de las artes y de las industrias regionales. Entre estas últimas, todas

ellas admirablemente decoradas, llamaban principalmente la atención la de la vieja Ruán, la del monte San Miguel, la de los tallistas marfileros, la de los encajes normandos, la de las mieses, la de la Arquitectura y la de las reinas, ocupada por cuarenta muchachas que habían sido enviadas expresamente por las ciudades del Havre, de Dieppe, de Eu, de Treport, de Pont-l'Évêque y de Louviers y que vestían los pintorescos y típicos trajes de sus respectivas comarcas.

El cortejo fué espléndido por la riqueza y la propiedad de los trajes y accesorios, y su paso por las calles de Ruán fué presenciado por más de cien mil espectadores procedentes de todos los puntos de Normandía.

Además de estos festejos se ha celebrado un importante Congreso del Milenario Normando, para asistir al cual acudieron á Ruán numerosos sabios de Francia, Suecia, Noruega, Dinamarca é Inglaterra.

También ha estado en aquella ciudad la notable sociedad coral de la federación comercial de Cristianía que dió varios conciertos, depositó una corona de laurel en la tumba de Rollón que está en el coro de la catedral y realizó una excursión á Saint-Clair-sur-Epte para entregar una lápida conmemorativa que se colocará en la pequeña iglesia en donde se firmó el célebre tratado de 911.—R.



El eminente escultor Pablo Gasq, autor del grupo escultórico *Los voluntarios de 1792* que reproducimos en la página 413 y que ha obtenido la medalla de honor de la sección de escultura en el actual Salón de la Sociedad de los Artistas Franceses, de París. (De fotografía de Harlingue.)

que se apiñaba en el paseo vió alejarse el carruaje mientras la tarde desfallecía. El ajetreo de la batalla había deshecho el bellissimo artificio: estaba tronchado el arco, caídas las rosas del amorcillo, como carne arrancada á tiras, rotas las saetas que marcaban la hora encantada del horario..., y entre aquel desastre de Cupido iba enterrado el pobrecito amor de María-Teresa.

PABLO GASQ

Este celebrado escultor, que acaba de obtener la más alta recompensa en el actual Salón de la Sociedad de los Artistas Franceses, nació en Dijón en 1860 y fué discípulo de Jouffroy, de Falguiere, de Hiolle y de Mercié. En 1890 obtuvo el gran premio de Roma y tres años después, estando todavía como pensionado en Villa Médicis, la residencia de los pensionados franceses en la ciudad eterna, alcanzó una primera medalla en el Salón de 1893. En 1898 fué agraciado con la cruz de la Legión de Honor y en el Salón de 1900 ganó la medalla de oro.

El grupo escultórico que este año le ha sido premiado es una obra de grandes alicios. A pesar de ser una composición en extremo complicada, el artista ha sabido presentar con perfecta claridad los múltiples elementos que la integran. En cuanto á la

RUÁN.—FIESTAS DEL MILENARIO NORMANDO.—EL CORTEJO HISTÓRICO

(Fotografías de Branger.)



Damas de la corte



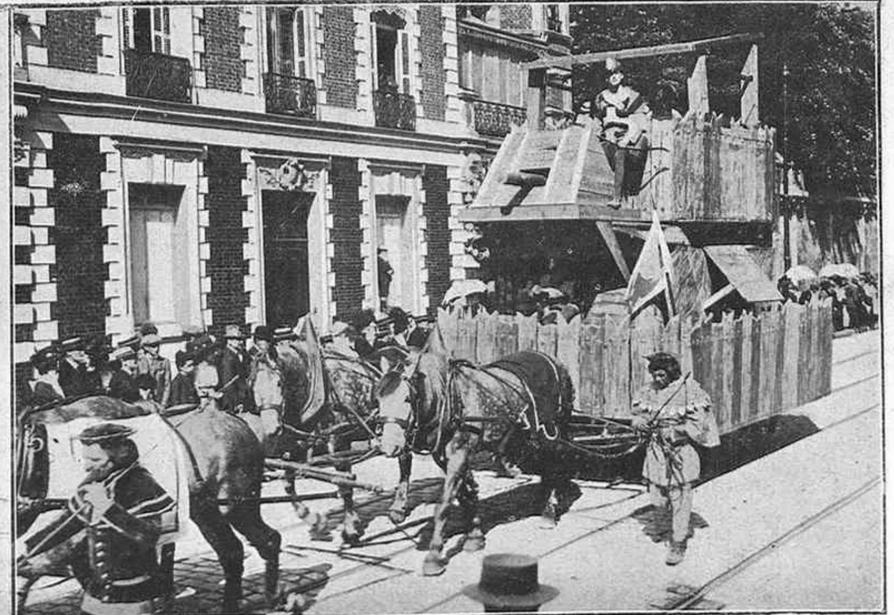
Alberto el Magnífico



El carro de las mieses



Carroza de los encajes



Carroza de la Arquitectura

PARIS.—MONUMENTO

Á LEÓN SERPOLLET

Al fallecer hace cuatro años León Serpollet, «el gran precursor» y «el artista» y «el poeta del automóvil», como con razón se le ha llamado, constituyóse, por iniciativa del Sr. Archdeacon, un comité para la erección de un monumento que perpetuase su memoria.

El monumento fué confiado al eminente escultor Juan Boucher, quien ha simbolizado de un modo majestuoso á Serpollet y su obra, según puede verse en el grabado adjunto, y ha sido erigido en la plaza de San Fernando de las Ternes, de París.

La inauguración efectuóse el día 16 del actual y á ella asistieron la viuda y las dos hijas de Serpollet, muchos amigos de éste, el presidente del Consejo Municipal de París, representantes de los clubs automovilistas y un público numeroso.

Pronunciaron sentidos discursos los Sres. Archdeacon, presidente del Comité, Roussel, presidente del Consejo Municipal, Ballif, Loreau, Menier, primer cliente de Serpollet y Baudin, senador del Ain.—T.



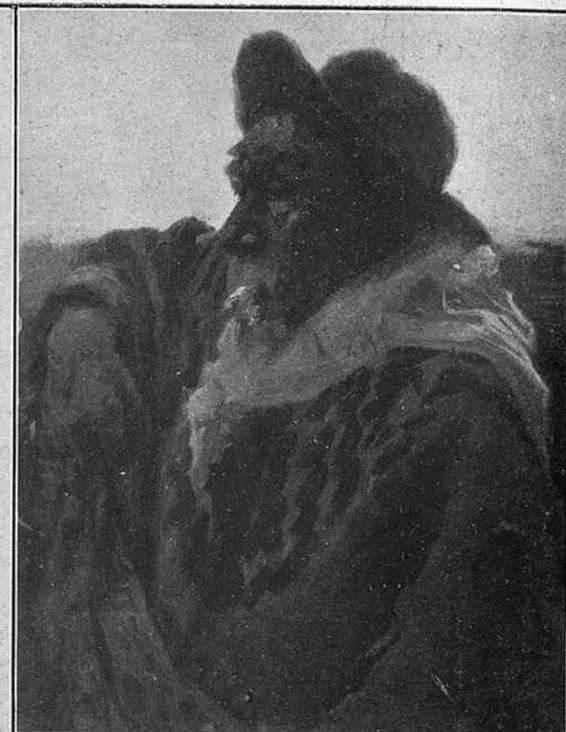
París.—Monumento al precursor del automóvil León Serpollet inaugurado el día 16 de los corrientes. Obra del escultor Juan Boucher. (De fotografía de C. Delius.)

CUADROS

DE CARLOS A. RIPAMONTE

La patriótica empresa que hace algún tiempo acometieron algunos artistas argentinos de laborar en favor de la Escuela nacional argentina, comienza á producir beneficiosos resultados. Anúnciase ya, para el próximo mes de septiembre, la celebración de un «Salón Argentino» patrocinado por la Comisión Nacional de Bellas Artes, señalándose premios á las producciones pictóricas que interpreten paisajes, tipos, escenas, cuadros de costumbres ó de carácter histórico, retratos, leyendas y cuanto recuerde ó represente el modo de ser de aquel interesante país. Trátase también de estimular á los artistas por medio de pensiones, para que emprendan viajes de estudio por el territorio argentino al objeto de afirmar el movimiento artístico y completar la obra iniciada en las próximas exposiciones.

Manifestación de las tendencias que persigue la nueva agrupación son las obras que reproducimos, dignas de encomio, ejecutadas por nuestro estimado amigo Carlos Ripamonte.



Recuerdo de Chioggia (Italia).—Tipos criollos.—Doma de potros (República Argentina), cuadros de Carlos P. Ripamonte

ACTUALIDADES DEPORTIVAS PARISIENSES.—EL CIRCUITO EUROPEO.—GRAN STEEPLE-CHASE.—CONCURSO AERONÁUTICO DEL CLUB FEMENINO «STELLA.»



El aviador Vidart, vencedor en la primera etapa París-Lieja del Circuito europeo (De fotografía de Branger.)

El domingo, día 18 de los corrientes, comenzó el gran concurso de aviación del Circuito europeo organizado por el diario parisiense *Le Journal*, que terminará el día 30 y que comprende las siguientes etapas: París-Lieja, Lieja-Spa-Lieja, Lieja-Utrecht, Utrecht-Bruselas, Bruselas-Roubaix, Roubaix-Calais, Calais-Londres, Londres-Calais y Calais-París. Los premios de las diversas etapas suman la cantidad total de 500.000 francos, y para disputárselos habíanse inscrito 52 aviadores paisanos y 12 militares.

A las seis de la mañana dióse la salida al primer aviador; habiendo llegado al término de la primera etapa, cuando escribimos estas notas, Vidart, Vedrines, Weymann, Beaumont, Barra, Duval, Garros, Renaux, Kimmerling, Tabuteau, Prevost, Wynmalen, Verrept, Gibert, Amerigo, Bathiat, Le Lasseur y Train. Ganó el premio correspondiente Vidart, que empleó en el recorrido tres horas, 13 minutos y 27 segundos, lo que da una velocidad media de 101 kilómetros por hora. De los demás aviadores, unos hubieron de detenerse en Reims y otros en diversos puntos del trayecto.

En aquella jornada hubo tres accidentes desastrosos que ocasionaron la muerte de Lemartín, de Landrón y del teniente Princeteau: el primero murió á poco de haber salido del campo de carreras de Vincennes, á consecuencia de una caída que le ocasionó la fractura del cráneo; el segundo falleció en Chateau Thierry carbonizado por haberse incendiado el motor de su aparato al caer éste violentamente; el tercero pereció también carbonizado en el campo de Issy-les-Moulineaux, momentos después de haber emprendido el vuelo.

El mismo día, efectuóse la gran carrera del *Steeple-Chase* que todos los años reúne en el hipódromo de Auteuil á la más aristocrática sociedad parisiense, y en la cual tomaron parte los caballos de las más renombradas cuadras de Francia y de



Fiesta aeronáutica de «Stella.»—El globo La Savoie, pilotado por el Sr. Roussel y en el que iban los Sres. y Srta. de París. (Fotografía Rol.)



El aviador Lemartín, muerto á consecuencia de una caída poco después de haber emprendido el vuelo para tomar parte en el Circuito europeo. (De fotografía de Branger tomada minutos antes del accidente.)



Gran Steeple-Chase de Auteuil.—El caballo *Blagueur II* montado por el jockey Parfremont, vencedor en la carrera. (De fotografía de Branger.)

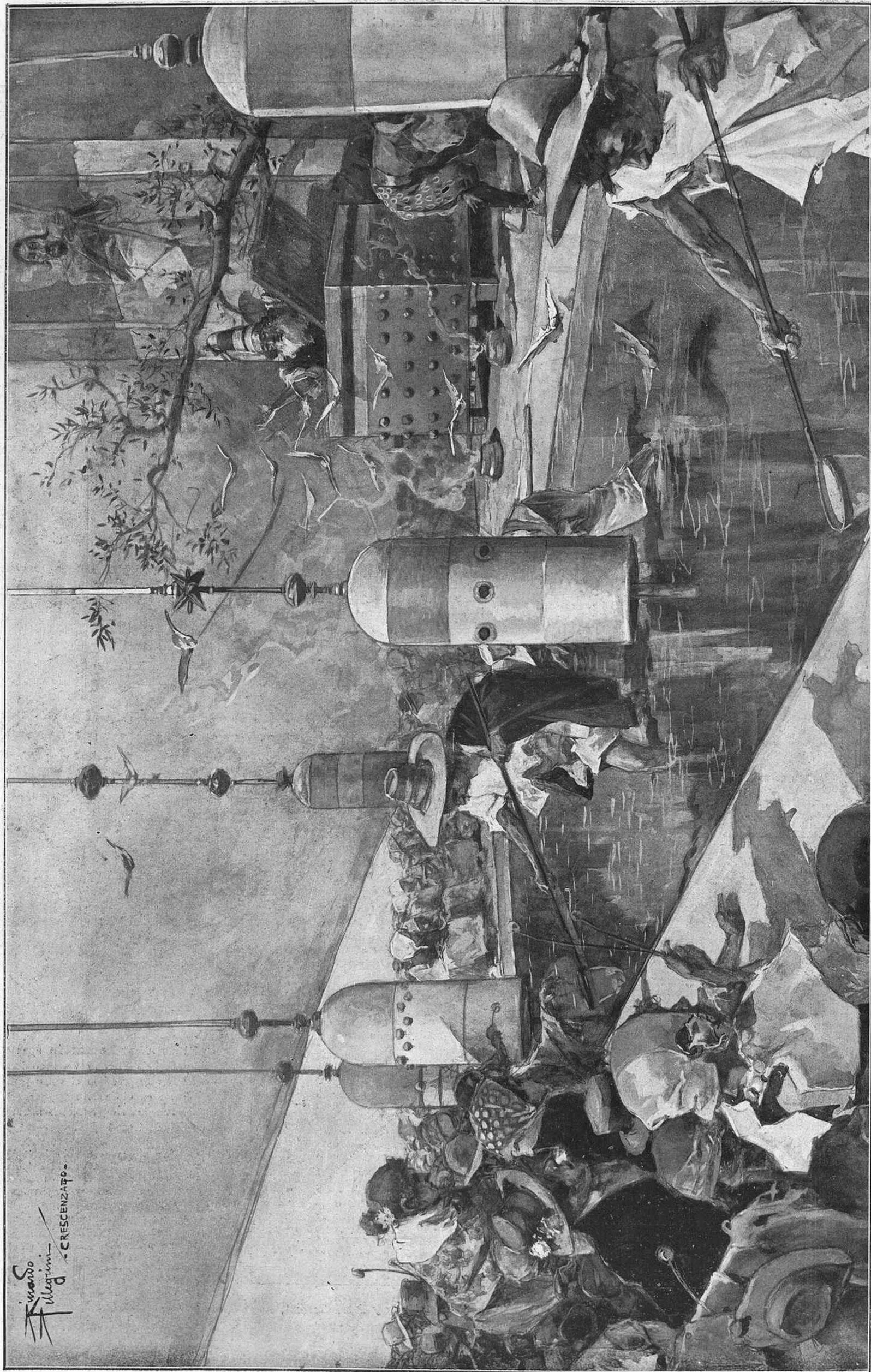
Inglaterra. Las tribunas, llenas de damas que vestían las más elegantes *toilettes* de telas vaporosas y tonos claros, ofrecían un aspecto deslumbrador; el elemento masculino estaba representado por los más distinguidos *sportsmen*.

Catorce caballos, después del desfile tradicional delante de las tribunas, se situaron en la línea de salida y emprendieron la marcha al dárseles la señal. La carrera fué interesantísima y

ras algunas señoras, partieron de Saint Cloud y descendieron respectivamente en Chene-Arnoult (Yonne), Lorrez-le Bocage (Sena y Marne), Bague-la Ville (Saona y Loire), Corbeil (Sena y Oise), Fontainebleau (Sena y Marne), Villiers sur Gers (Sena y Marne) y Echarcón (Sena y Oise). Ganó el record de altura *La Gascogne*, que se elevó á 3 000 metros y en el que iba como pasajera la Sra. Bayer, que efectuaba su primera ascensión aeronáutica. — R.

en ella resultó vencedor el caballo *Blagueur II*, propiedad del Sr. Veil-Picard, que, montado por Parfremont, salvó todos los obstáculos con seguridad y limpieza extraordinarias.

El club femenino «Stella» celebró su acostumbrada fiesta de aerostación anual el día 14 de este mes. Tomaron parte en ella siete globos libres: *La Touraine* (900 metros cúbicos), piloto Srta. María Tissot; *La Gascogne* (600), piloto Sra. Airault; *L'Aquitaine* (1 200), piloto Sr. Kapferer; *La Provençe* (600), piloto Sra. Letourneau; *La Savoie* (1.200), piloto Sr. Roussel; *La Picardie* (900), piloto Sra. Surcouf; y *La Bretagne* (900), piloto el marqués de Kergariou. Todos estos globos, en los que iban de pasaje-



Riccardo Pellegrini
CRESCENZAGO.

COSTUMBRES POPULARES DE LA ALTA LOMBARDÍA.—LAS PALOMAS DEL BUEN AGÜERO DE SAN JUAN, dibujo de Riccardo Pellegrini

En Grotta Olivo (Alta Lombardia), hombres y mujeres acuden, en la noche de San Juan, á la cueva llamada «Boca de lobo,» en donde el Mago Juan predice el tiempo que ha de hacer y predice además los matrimonios que se efectuarán durante e año, anunciando que se casarán las muchachas que, en el verano, lleven vestidos de tal ó cual color. Las predicciones son creídas como artículos de fe, y como las chicas casaderas se visten del color indicado por el mago y como, naturalmente, algunas se casan, siempre resulta que aquél ha acertado, siquiera en parte. En un momento dado, el mago abre un arcón del que sale un centenar de blancas palomas; cada una de éstas lleva al cuello un cartoncito con un agüero y el que logra coger una toma el pronóstico como destinado á él directamente. Finalmente los dependientes del mago recogen en unas bolsas las limosnas que gustosos depositan en ellas los concurrentes á la ceremonia.



La danza, cuadro de Alberto Thomas



Noches de España, cuadro de Pedro Ribera

(Reproducciones autorizadas por el Sindicato de la Propiedad Artística de París.)

UN BUSTO DE MISTRAL

No es sólo en el Mediodía de Francia en donde el Felibrige celebra sus fiestas. Aun cuando sea la Provenza la región en donde más ferviente culto se rinde á la tradición que arranca de aquellos concursos poéticos que allá en el siglo XIV inicia-



Busto de Federico Mistral, obra de Félix Charpentier que se ha inaugurado el día 25 de los corrientes con motivo de la fiesta celebrada en Sceaux por la Sociedad de los Felibres de París. (De fotografía de León Bouet.)

ron los siete trovadores reunidos en Tolosa, también en la capital de Francia hay un núcleo importante de devotos de la lengua de Oc que mantiene el fuego sagrado en medio de aquella ciudad cosmopolita.



En la fuente, dibujo de A. Osterlind, reproducido con autorización de M. Pierrefort

Existe efectivamente en París la Sociedad de los Felibres parisienses que anualmente hace acto público de presencia con

festos adecuados á su carácter y á los fines que persigue. La fiesta correspondiente al año actual, que se habrá efectuado el domingo, día 25 de este mes, revestirá una importancia especial por el hecho de inaugurarse el busto del patriarca de la poesía de Provenza, del autor de los admirables poemas *Mireja* y *Calendal*, del ilustre Federico Mistral, en el jardincillo de Sceaux en donde se hallan ya reunidas otras glorias felibreanas.

A esa fiesta de la patria chica habrán concurrido las más importantes sociedades literarias nacionales y regionales, representantes oficiales de los pueblos latinos y numerosos académicos.

El programa de la ceremonia comprende los números siguientes: discurso del presidente de la Sociedad de los Felibres; entrega del busto de Mistral á la municipalidad de Sceaux por el secretario general de dicha sociedad León Bouet; distribución de premios á los poetas y prosistas que los han obtenido en el concurso de los Juegos Florales, y Corte de Amor presidida por la reina del Felibrige. Además, habrán tomado parte en los festejos varios artistas de los teatros de la Opera y de la Comedia Francesa y algunos eminentes poetas.

El busto de Mistral, modelado por el notable escultor Félix Charpentier, es una obra verdaderamente hermosa: el ilustre felibre se nos aparece en la plenitud de su edad viril y con todos sus rasgos característicos admirablemente reproducidos; en sus ojos, en su frente, en todo su semblante, refléjase el genio potente que le ha conquistado un alto lugar en el templo de la gloria. El escultor, al modelar en toques vigorosos y sobrios esa testa admirable, ha sabido infundirle la vida espiritual que



Señorita G. Cornwallis-West, dibujo de J. S. Sargent

saltando las murallas, más de mil han sido acuchillados y ahogados...»

Y un historiador francés dice hablando del último asalto: «Tal fué este horrible asalto, quizás el más terrible que se diera nunca, al menos hasta entonces. Cubiertas estaban las brechas de cadáveres franceses, pero la ciudad se hallaba mucho más atestada de cadáveres españoles. Increíble desorden reinaba en las calles incendiadas, donde á cada paso se hacían matar algunos españoles fanatizados á trueque de tener la satisfacción de pasar á cuchillo á algunos más franceses.»

El propio Suchet reconvinó al general Contreras, que man-

la anima, el alma sin la cual la obra artística podrá ser grata á los ojos, pero nunca llenar cumplidamente los verdaderos fines del arte.

TARRAGONA. — CENTENARIO DE LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA.

La ciudad de Tarragona se dispone á conmemorar la Guerra de la Independencia con numerosos y variados festejos que se celebrarán desde el día 24 de este mes hasta el 9 del próximo julio.

Sabido es que durante aquella épica lucha en que España entera se alzó contra el invasor, Tarragona sufrió un asedio memorable que le conquistó la admiración aun de sus propios enemigos. El mariscal Suchet la atacó en mayo de 1811 y hubo día en que cayeron sobre la plaza 1 500 bombas y granadas. Los sitiados negáronse siempre á rendirse, y los franceses tuvieron que tomar la ciudad por asalto, pereciendo en él el gobernador D. José González y la mayor parte de los defensores.

El parte en que Suchet dió cuenta al príncipe Berthier, Mayor general del emperador de la toma de Tarragona, en 29 de junio de 1811, es la mejor prueba del heroísmo con que se resistieron los sitiados. En dicho parte se leen, entre otros, los siguientes párrafos:

«Un sitio de dos meses, ó mejor tres sitios en uno, y cinco asaltos sucesivos han destruído una guarnición de 18.000 soldados, los más reputados de España, entregándonos un puerto por el cual los ingleses alimentaban la insurrección de la provincia para conservar un mercado á su comercio...»

«El furor del soldado se había exaltado con la resistencia de la guarnición que cada día esperaba verse socorrida y que contaba asegurar el éxito de estas tentativas por una salida general. El quinto asalto, todavía más vigoroso que los anteriores, dado ayer en pleno día al último recinto, ha producido una horrible matanza con escasas pérdidas por nuestra parte. El terrible escarmiento que en mi último parte á V. A ya preveía que habría de hacerse, ha tenido lugar y por mucho tiempo resonará en España. Cuatro mil hombres han sido muertos en la ciudad y de los diez ó doce mil que han intentado escapar



Placa de bronce que el Cuerpo de Artillería dedica á los heroicos artilleros muertos en el sitio de Tarragona en 1811, con motivo de las fiestas del Centenario de la Guerra de la Independencia que se celebran en aquella ciudad. (De fotografía de nuestro reportero A. Merletti.)

daba la plaza, por haber llevado la resistencia hasta la temeridad y hasta más allá de lo que las leyes de la guerra permiten.

Tarragona tiene, pues, títulos sobrados para conmemorar tan gloriosos hechos, y á las solemnidades que con tal motivo celebre se asociará España entera.

El Cuerpo de Artillería, deseoso de tributar un homenaje á los heroicos artilleros que murieron en aquel sitio memorable ha dedicado á su memoria la hermosa placa que adjunta reproducimos y en la que se representa en bajorrelieve, un episodio de uno de los asaltos que sufrió aquella ciudad. La placa, que es de gran tamaño y de bronce, va colocada sobre una lápida de mármol de Alicante y lleva la siguiente inscripción: «A los heroicos artilleros muertos en el sitio de Tarragona en 1811, los artilleros de 1911.»

Esta lápida será colocada por las comisiones del arma de artillería de todas las guarniciones de España, presididas por el Excmo. Sr. General de dicho Real Cuerpo, el ilustre tarraconense D. Manuel de Salazar, en la hoy llamada Plaza de los Infantes y que en lo sucesivo se denominará Plaza de los Artilleros del Sitio, porque allí y en sus cercanías estaban emplazados los baluartes y las baterías que protegían la población del puerto.

Los regimientos de Infantería de la guarnición colocarán en la fachada de la casa Parroquial de la Catedral otra artística lápida conmemorativa de la desesperada defensa que en aquellos alrededores hizo el regimiento de Almansa.

JUSTICIA HUMANA (LE GLAIVE ET LE BANDEAU)

NOVELA ORIGINAL DE EDUARDO ROD.—ILUSTRADA POR SIMONT. (CONTINUACIÓN.)

Juró, con voz algo débil, pero clara, que se oyó desde el fondo de la sala porque articulaba bien; y, después de haber mirado á Lermantes con una emo-

que hacerles la historia detallada de nuestras dos vidas, y sería preciso referirles demasiados acontecimientos ajenos á la causa, Ustedes me piden sola-

la amistad de Lermantes como él con la mía. A estas horas sigue intacta, más confiada, más calurosa que nunca...



Ella levantó el rostro y le miró con angustia...

ción que no trató de disimular, habló sin adornos retóricos, con un corazón abundante y sereno:

—Me han pedido que aporte á mi amigo el testimonio de una existencia que á menudo ha estado relacionada con la suya, de una experiencia prolongada de su carácter. Muchos aseguran que ignoramos los verdaderos pensamientos que germinan tras la barrera cerrada de la frente de nuestros más íntimos amigos. Sin embargo, creo conocer al hombre á quien habéis de juzgar. Creo estar seguro de que, desde hace más de treinta años, leo en él como en un libro abierto. No habiéndole ocultado nunca nada de mí, estoy seguro de que la recíproca es verdadera. Por esto no tengo duda alguna y no haré ninguna restricción...

Charreire hablaba con un acento que prestaba á sus palabras una especie de solemnidad; su voz salía poco á poco, tan clara, que llegaba á todos los oídos; al cabo de poco tiempo, ya no parecía tan débil como al principio; la emoción que la hacía temblar revestía la elocuencia, la desnudez de las frases sencillas, de las cuales el artificio parecía excluido. En seguida, Rutor notó que las palabras de Charreire concordaban con las que oía en el fondo de sí mismo, desde el primer día. Esta vez, no eran depositadas en alguna parte de su imaginación accesible al engaño por una voz falaz: el hombre que las profería, despertaba una impresión de impecable rectitud al mismo tiempo que de lúcida inteligencia, y era el amigo de Lermantes, en el mejor sentido de la expresión, un amigo á toda prueba, de muchos años, uno de esos amigos cuya frecuentación y cariño son como un título de semejanza.

—... Ustedes no esperan, señores, que les exponga las razones de mi amistad, que son las mismas que me hacen creer en su inocencia; para esto, tendría

mente que les diga, en mi honor y conciencia, lo que pienso de Lermantes: pues bien, señores, le creo tan incapaz de cometer una mala acción, y mucho menos una acción criminal, que sólo una prueba positiva podría hacer vacilar mi convicción. Y tengo la certeza de que semejante prueba no puede existir, no puede presentarse...

Rutor murmuró, casi á pesar suyo:

—Es una defensa.

Miró al presidente, que le contestó con una mirada: «No, no, hay que dejarle decir...»

—... ¡Porque mi amigo no puede ser culpable!.. No afirmo que se halle al abrigo de todo error: yo censuré á veces, él lo sabe, algunos de sus entusiasmos, una peligrosa facilidad en adelantarse, una especie de atolondramiento en la acción,—otros tantos rasgos que pueden crear contra él terribles apariencias. Declaro solemnemente—y creo que éste es todo el sentido que mi testimonio puede tener—que siempre le vi muy atento á no perjudicar á nadie. De sus ligerezas ó de sus faltas, que la luz de la audiencia ha abultado singularmente, se ha podido inferir que sólo se hallaba separado del crimen por el espesor de la urgencia ó de la ocasión. Señores del jurado, ustedes conocen demasiado la vida para no medir la distancia...

Esta vez, el Sr. de Fraisse le interrumpió cortésmente:

—Sr. Charreire, usurpa usted un poco el terreno á la defensa.

—No me quejo de ello, dijo Brevine.

—¡Usted dispense, señor presidente! Es la primera vez que me encuentro en semejante caso... Después de todo, no necesito terminar la frase para que la comprendan... No añadiré más que dos palabras: durante treinta años, desde el colegio, he contado con

Calló, vuelto hacia su amigo y con las manos tendidas hacia él. El presidente preguntó á Rutor si tenía alguna pregunta que hacer. Este rehusó con un gesto que quería decir: «¿A qué? Es un amigo que defiende á un amigo...» Brevine preguntó:

—¿El testigo, que con tanta nobleza acaba de expresarse, puede decirnos algo de las relaciones de mi cliente con el Sr. de Entraque?

—Nada de particular.

—¿No ha surgido jamás, que usted sepa, alguna mala inteligencia entre ellos?

—Que yo sepa, no.

—¿El testigo está enterado de un servicio pecuniario que Lermantes prestó al Sr. de Entraque?

—No, señor.

—Había, pues, cosas de que Lermantes no hablaba al Sr. Charreire, á pesar de su intimidad, insinuó Rutor.

Esta observación se le había escapado casi á pesar suyo, y se la reprochó en seguida. Charreire la recogió con vigor.

—¡Oh, señor fiscal, se trataba de un servicio prestado!.. No supongo que mi amigo me haya contado todas sus buenas y bellas acciones. Por mi parte, si yo hubiese tenido ocasión de hacerlas, no hubiera experimentado la necesidad de adornarme con ellas á sus ojos. Me parece, pues, natural que él haya hecho lo mismo.

Rutor arrugó el entrecejo y Charreire se volvió á su sitio.

Ya habían visto al célebre escritor. Ya habían oído su voz. Ya habían escuchado sus palabras. Sin embargo, cada cual seguía juzgándole, no por la impresión que dejaba al retirarse de la barra, sino según que sus obras servían ó contrariaban las ideas de tal ó cual partido.

Los dos últimos testigos, el barón Châtel y el señor Lavaux, pertenecían al círculo social de Lermantes y de Entraque. El primero había sido diputado por un departamento del Mediodía; el segundo era consejero general (diputado provincial) de un departamento del Oeste. Ambos habían encontrado á Entraque en San Germán, momentos después de la catástrofe, vivamente emocionado. Espontáneamente, les refirió el drama con animación y minuciosidad; y en su relato no figuraba ninguna de las circunstancias agravantes que en él introdujeron sus declaraciones ulteriores. Las declaraciones de estos últimos testigos no diferían más que sobre un punto: Châtel no había oído una frase importante, que Lavaux recordaba exactamente: «*Lermantes tiró como un atolondrado.*» Sobre lo demás, había concordancia absoluta. Rutor trató de ponerlos en desconfianza contra su memoria; ellos le invitaron, si dudaba, á recurrir al testimonio de varias personas á quienes habían repetido aquel mismo día la relación de Entraque. En seguida, Brevine declaró que reclamaría la audición de aquellos testigos de última hora, si Entraque no estaba de acuerdo con los Sres. Châtel y Lavaux. Pero Entraque, vuelto á llamar á la barra, se guardó de contradecirles: sólo explicó, una vez más, que los detalles que de pronto no habían llamado su atención, surgieron después poco á poco en su memoria. Y añadió:

—Como ninguno de los cazadores presentes, yo no hubiera sospechado en Lermantes la menor intención criminal: por esto, sin duda, aquellos detalles no me impresionaron hasta después, cuando los acontecimientos tomaron otro sesgo.

El diálogo, entonces, fué muy vivo.

—¿El Sr. de Entraque, preguntó Brevine, dijo ó no: «*Lermantes tiró como un atolondrado?*»

—No recuerdo haber pronunciado esa frase.

—El Sr. Lavaux se acuerda. ¿Le desmiente usted pues?

—De ninguna manera. Digo que no recuerdo haber pronunciado esa frase, y nada más. Pero es posible que yo la haya dicho.

—¿Qué prudente es usted! Esa frase contradiría todas las afirmaciones de usted.

—No lo creo. Si lo que yo había tomado por aturdimiento era cálculo, me equivoqué, ni más ni menos. ¡Además, todo pasó con tal rapidez!.. Yo estaba emocionado, trastornado... Lo repito: hasta después no tuve conciencia de los detalles...

—Tomo nota de esa confesión: su primer relato era espontáneo, el segundo es artificial, calculado. En todo caso, son absolutamente contradictorios.

—Expliqué ya de dónde proviene esta aparente contradicción.

Había subido un poco la voz; pero el hombre conservaba su aplomo. ¡Y Brevine le oía mentir! Pero aquella mentira era como un espectro que sólo él veía. ¿Cómo cogerlo? ¿Cómo mostrarlo á la vista de todos? ¿Qué preguntas haría al testigo para obligarle á estallar?

Entonces modificó su ataque:

—Siento mortificar al Sr. de Entraque; sin embargo, necesito volver sobre una cuestión acerca de la cual ya le hice alguna pregunta. De cualquier manera que conteste, su contradicción, que él tiene la habilidad de no negar, hará comprender mejor la importancia de mi pregunta. Entre el relato que hizo á los Sres. Châtel y Lavaux, y luego al principio de la instrucción, por un lado, y por otro lado el que hizo en la segunda parte de la instrucción y que ha repetido en la barra, hay tal diferencia, que sus explicaciones no me parecen bastantes para justificarla. Por esto vuelvo á preguntarle si, en el espacio de tiempo que ha separado esas dos versiones inconciliables, ha sobrevenido algún incidente que haya cambiado la naturaleza de sus relaciones con mi cliente?

Entraque hizo un gesto de impaciencia:

—¡Eh, señor abogado, ya le contesté!.. Por lo demás, ¿qué quiere usted que me haya hecho ese hombre? Estaba en la cárcel.

—Usted dispense; fué su segunda declaración la que le hizo encarcelar.

—No consentiré en repetir cien veces lo mismo; lo que dije, dicho está, y punto concluído!

—¡Nadie lo creería después de haber oído á los señores Châtel y Lavaux!

El Sr. Motiers de Fraisse intervino:

—Me parece que es una pregunta á la cual el acusado podría contestar, al menos tan bien como el señor de Entraque. ¡Que se explique, pues, si ha lugar! También deseamos aclarar ese punto, puesto que á la defensa le parece dudoso.

—No tengo nada que decir, declaró Lermantes.

Entraque dijo sonriendo:

—¡Ya lo ve usted, Sr. Brevine!..

Agotada la lista de testigos, y siendo demasiado

tarde para la petición fiscal, el presidente levantó la sesión.

XV

Esos dramas en que el destino juega con sus víctimas cambian constantemente de aspecto como el cielo en las tempestades: el día antes, las revelaciones de Luisa Donnaz dominaban el proceso; hoy ya apenas se acordaba nadie de ellas. No había más que aquel duelo desigual en que uno de los adversarios disponía de todo el campo, mientras que el otro, acorralado, tendía el cuello al golpe mortal. Pronto á juzgar por las apariencias, el público se inclinaba hacia Entraque, á causa del vigor de sus estocadas á fondo; pero los que por deber ó por profesión se ven obligados á juzgar mejor, presentían, más allá de las peripecias que se desarrollaban á sus ojos, un factor aun desconocido que conducía á la acción. Rutor veía claramente que una pasión personal animaba á su principal auxiliar. No se resolvía á sospechar de él por eso: ¿qué importa que sea el odio el que desate la lengua, si la lengua aporta la verdad? ¿Qué importa que el alma del testigo sea tenebrosa, si su declaración hace brotar la luz? Al otro extremo, porque tenía tantos motivos para combatir la declaración de Entraque como Rutor para agarrarse á ella, Brevine la creía *a priori* falseada por la boca de donde salía. El fiscal se esforzaba en encontrar plausibles las explicaciones que daba Entraque de su cambio de declaración; el defensor las rechazaba con un desdén que no discute. La dialéctica del uno le justificaba de aceptar sin minuciosa revisión una «incógnita» cuyo misterio mismo aguzaba la perspicacia del otro, porque la desconfianza, saludable al uno, hubiera podido desarmar al otro. ¿Nuestras impresiones no serán nunca libres? ¿Hasta qué punto dependerán siempre de lo que somos y de lo que hacemos? Las pruebas con que el fiscal se ve, por su cargo, inclinado á contentarse, el defensor, también á causa de su cargo, las tiene en seguida por sospechosas, ó viceversa. Cada uno sigue de buena fe la senda por la cual su preocupación le encamina. Sin embargo, según que uno ú otro sea más elocuente, ó más hábil, la balanza, en manos de la Justicia con los ojos vendados, se inclina hacia un lado ú otro, á menos de que un peso muy grande haga caer irresistiblemente uno de los platillos. ¡Y para asegurar la investigación de la verdad, no se ha encontrado nada mejor que ese juego de báscula entre dos formas del error!

Después de la audiencia, Lermantes vió á sus hijos. Lágrimas, palabras entrecortadas, largos silencios que los sollozos rompen, —todo el aparato de la desesperación que las palabras no expresan, y cuyos gestos cambian tan poco. Su abatimiento amortiguó la explosión. Arrastrados por la corriente del drama, no sentían aún el horror del mismo: bien á causa del vestigio de esperanza á que se agarraba su juventud, ó bien porque no se siente hasta después del golpe el dolor demasiado agudo, como la bala que ocasionará la muerte. Brevine los acompañaba... Éste había interrogado ya diez veces á Lermantes sobre sus relaciones con Entraque. Siempre en vano. Quizá no había insistido bastante. Además, esto era á solas con él. Ahora, al mismo tiempo que sus sospechas se precisaban, y que comprendía mejor que allí estaba sin duda el nudo del proceso, la presencia de los hijos le proporcionaba un apoyo. A ellos se dirigió:

—Ustedes ven, como yo, que Entraque miente... ¡Ese hombre suda la mentira!.. Hay que demolerlo á toda costa... ¿Pero cómo he de poder si ignoro las razones que le hacen mentir?.. Las tiene enormes... Eso salta á la vista... ¡Sólo su papá de ustedes las conoce, es el único que me lo puede decir, y no quiere!.. Obtengan ustedes que hable: el peligro es terrible, mañana será demasiado tarde...

—¡Padre!, suplicó Rolando.

Todos le conjuraron con la mirada, con el gesto, con la palabra. Enjugándose rápidamente las lágrimas que había dejado correr, Lermantes se hizo de bronce, duro, impenetrable.

—Esa declaración es el único cargo serio contra él, prosiguió Brevine. Si le condenan, será por ese falso testimonio. Y puede desenmascarar al miserable, estoy seguro, lo adivino.

Lermantes murmuró:

—Le he dicho á usted todo lo que podía decir...

—No basta: hay que decirme todo... Es un deber: para conmigo que acepté su defensa, y para con sus hijos que tienen delante una larga vida que la obstinación de usted va á hacer desgraciada... ¡Hable usted por ellos!

Renata había cogido la mano de su padre y la estrechaba:

—¡Padre!, ¡si lo sabes!.., suplicó.

Pablo insistió, con más energía:

—¡Se trata de tu salvación, padre, de la de todos!.. ¡Eso es lo primero!.. ¡Hay que hablar!.. ¡Es preciso!..

Lermantes los miró un momento sin contestar; luego, atrayendo contra su pecho la cabeza de Renata, se inclinó para besarla en los cabellos y le dijo, tan quedo que no lo oyó más que ella:

—¡No puedo decir nada, hija mía!..

Ella levantó el rostro y le miró con angustia. Su alma límpida no sospechó aquel último secreto — quizá el único que la instrucción no había divulgado; — sólo adivinó que algo obligaba á su padre á guardar silencio, algo de más poderoso que el horror y el espanto de que se hallaban impregnados; y contestó, muy quedo también:

—¡Está bien, papá!.. Tengo confianza...

Pablo no había oído; su espíritu más avisado buscaba una salida:

—¿Qué miramientos tienes que guardar, padre?... ¿qué intereses has de respetar, más sagrados que tu salvación, y que la nuestra? ¡Ese hombre es un embustero, un miserable, un traidor!.. ¡Confúndele, puesto que puedes!.. ¿Qué quieres que crean, si guardas silencio?..

Rolando no había dicho nada. Lermantes forzó su voluntad para contestar por última vez:

—¡No sé nada!..

Una vez fuera, Brevine trató de interrogarles otra vez. ¿Qué podían contestarle? Hasta el drama, los Entraque eran para ellos grandes amigos, de esos que se ven casi todos los días, que comparten nuestra vida, y sobre todo nuestros placeres, que encontramos, según la hora, «encantadores» «exquisitos», «deliciosos», ó «un poco latosos.» Los habían visto después de la cacería: la señora, trastornada y compasiva; el marido, felicitándose de poder aportar un testimonio libertador, el equivalente de una coartada, según él decía. Y, de pronto, la segunda declaración estallaba como una bomba. Veían la traición, pero ignoraban la causa:

—¿Querrá usted creer, dijo Pablo, que esa señora estaba ayer sentada detrás de nosotros, como por mofa? ¿Qué cobardía!.. ¿Qué bajeza!..

—¡Oh, no, exclamó Renata, no se mofaba de nosotros!.. ¡Al contrario, nos miraba con una tristeza!.. ¡como si nos pidiera perdón!.. Además, ¿no oiste alguna de sus palabras?.. ¡palabras que demuestran que no está de acuerdo con su marido!..

—¿Qué dijo?, preguntó Brevine.

Pablo repitió la contestación que la señora de Entraque había dado á Proz y que había llegado á sus oídos:

—¿Pero eso qué prueba?, añadió. A no ser que yo hubiese comprendido mal.

Pero Brevine parecía sorprendido y preguntó:

—¿Cuál era su actitud durante la declaración de Entraque?

—No sé, contestó Pablo, á quien extrañó la pregunta. Había cambiado de sitio, y ya no la veíamos.

Aquella frase recogida acababa de sugerir á Brevine una explicación muy plausible del odio de Entraque. Si la señora de éste representaba algún papel en el drama, todo se explicaba en seguida: la tenacidad de una venganza atroz, el silencio de Lermantes, el sacrificio supremo á ese pacto de honor que liga sobre tantas otras convenciones, á los amantes culpables y, sin embargo, generosos. ¿De dónde brotaría la luz que iluminase aquellas tinieblas? Habían guardado su secreto, hasta el extremo de que la instrucción, con haber sido tan minuciosa, no lo había descubierto. De modo que no había confidentes ni cómplices conocidos. ¿Dónde buscar?.. ¿Cómo quebrantar aquel silencio?.. A menos de una casualidad casi imposible, la obra de la venganza, de la mentira y de la injusticia se consumaría hasta el fin...

El abogado, pensativo, acompañó los jóvenes hasta su tío, que se paseaba con Charreire delante de la prefectura, y que se los llevó como el día anterior. Mientras seguía con la vista al triste grupo, Charreire le cogió por el brazo preguntándole:

—¿Y bien?..

—¡Francamente, esto va muy mal!, contestó bruscamente. ¡Todo se vuelve contra él!.. Excepto la declaración de usted, por supuesto...

—Es poca cosa...

—Sería mucho si él mismo no se perdiese... ¿Pero qué puede el terranova, cuando el que se ahoga se abandona con todo su peso?.. La declaración de Entraque es el nudo de la cuestión, como usted ha comprendido: ó Entraque dice la verdad, y Lermantes es culpable; ó Entraque miente, y á nosotros toca desenmascararlo... Si establecemos solamente que tiene agravios contra Lermantes, queda roto el tejido de su falso testimonio; porque entonces, su primera versión destruye la segunda, viene á ser la buena, y la absolución es segura... Pues bien, ¡Lermantes no quie-

re decir lo que hay entre ese hombre y él... ¡Le guarda contemplaciones!.. ¡Apenas si consiente en desmentirlo!.. ¿Comprende usted?..

Sus ojos y su voz interrogaban á Charreire, que sólo contestó:

—Los creí siempre muy amigos.

—Lo fueron... Usted sabe muy bien que de los amigos salen los enemigos peores.. Usted, que es el mejor, el último amigo de Lermantes, como acaba de probar, ¿no sospecha usted cuál es la causa de su división?

—No..

—¡Sólo disponemos de unas cuantas horas para descubrirlo!.. ¡A ver!.. ¿No ha pasado nunca nada entre Lermantes y la señora de Entraque?

Charreire pareció muy sorprendido.

—No tengo, dijo, motivo alguno para sospecharlo.

—¡Sin embargo!.. Raciocinemos un poco, si usted quiere... Un hombre del temperamento de Lermantes, un hombre á quien no estorban los escrúpulos religiosos ó morales, un parisiense en la fuerza de la edad, que desconoce las gazmoñerías, no vive como un anacoreta, ¡qué diablo!.. Tiene sus amoríos, tiene una amiga, ó tiene varias, si no tiene vicios... Se han hecho averiguaciones, y no se han encontrado más que historias antiguas... Por lo que toca al presente, no se ha dado con ninguna mujer... Y es que, sin duda, no se ha buscado donde debía buscarse... Los jueces de instrucción y sus colaboradores no se distinguen siempre por su perspicacia; adoptan un sistema y no salen de él; ¡que la verdad se las arregle como pueda!.. ¿Lermantes no le dijo á usted nunca nada que pueda ponerle sobre la pista?..

—Hablóme á veces de una persona que ejercía una grande acción sobre su vida, pero, naturalmente, sin nombrarla.

—¿No le dijo á usted nada de esa persona, que pueda designársela?

—No traté de averiguarlo... Creo que nunca me dijo más que cosas generales..., cosas que pueden aplicarse á muchas mujeres.

—¿Por ejemplo?

—¿Qué sé yo?.. Que era desdichada en su matrimonio...

—¿Y nada más?

—Recuerdo que, no ha mucho, me dijo que se casaría con ella, si se pudiese divorciar... Hasta añadió que ése sería sin duda el final, pero que, por el momento, ella lo soportaría todo por consideraciones á su madre, enferma y anciana.

—¡Ah! ¡Vamos!, exclamó Brevine, eso ya es más especial... Hágase usted cargo de que me pone en conocimiento de dos cosas: en primer lugar, de que la persona en cuestión tiene madre, y en segundo lugar, de que no tiene hijos, porque, en el caso contrario, los hijos hubieran sido el obstáculo, como lo son siempre... ¿Conoce usted á los Entraque?

—Los he conocido en casa de Lermantes, y he comido tres ó cuatro veces en casa de ellos.

—¿Sabe usted si la señora de Entraque tiene hijos?

—No los tiene.

—¿Sabe usted si su madre vive todavía?..

—Sí. La vi un día, por casualidad, en casa de unos amigos adonde voy raramente. Es una anciana, más vieja de lo que yo hubiera creído á juzgar por la edad de su hija. Si mal no recuerdo, se quejaba de una enfermedad del corazón...

—¿Entonces, no le parece que eso concuerda admirablemente?.. ¿Está usted enterado de las relaciones de Entraque con su mujer?..

—He oído decir que eran muy tirantes...

—¿Antes de la prisión de Lermantes?

—No, hace pocos días... Pero se trata de habladurías de fumadero, como las que corren sobre tantas personas; no les presté atención ninguna.

—No hay humo sin fuego, como diría el fiscal... ¡Un hombre terrible! ¡Si le pasaran por un tamiz, maldito lo que quedaría de él!.. ¿No sabe usted nada más sobre la desconocida?

—No creo.

—¿Lermantes no le dijo á usted nunca su nombre de pila, por ejemplo?

—No. La llamaba siempre «mi amiga...» Sin embargo, observé que le gustaba el nombre de *Julietta*.

—¡Vaya un gusto! Es un nombre que á mí no me agrada... ¿Y á usted?..

—Tampoco...

—Los nombres gustan según las personas que los llevan. Es cosa que tengo observada. ¿Sabe usted si la señora de Entraque se llama Julieta?

—Eso, no se lo puedo decir á usted...

Brevine reflexionó un instante, y sacó luego de su gran cartera un pequeño anuario que empezó á hojear:

—«Entraque, leyó, (conde José María de.)» ¡Esto es!.. «Y señora, Julia de Novenne...»

—Julia, no es Julieta.

—Un nombre es diminutivo del otro.

—Son débiles coincidencias.

—¡Oh!, serían débiles coincidencias, en efecto, si Entraque, para abrumar á Lermantes, no mintiese hasta ser perjuro ante el tribunal, lo que no es ninguna bagatela..., si la señora de Entraque no siguiese las sesiones con un celo que no puede aplicarse á su marido, puesto que hay desavenencia en el matrimonio..., si el joven Pablo no le hubiese oído pronunciar ayer palabras singulares..., en fin, si no hubiese todas esas pequeñas circunstancias que me lo hicieron sospechar antes de saber lo que usted acaba de decirme.. No estamos seguros de nada; ¡sea! Pero tenemos una sospecha, y de diez probabilidades hay nueve de que sea fundada... Es bastante para que sigamos la pista, sobre todo cuando no tenemos otra, y jugamos la última carta... ¿Puede usted ver á esa mujer esta tarde?

—No sé cuándo recibe.

—¡No estamos en el caso de sujetarnos á la etiqueta!.. Cuando asiste á las sesiones, es que no ha olvidado á Lermantes... Debe estar alocada... Quizá no comprende que si hablase le salvaría... O espera algo... ¡Las mujeres no ven claro en estos casos!.. Quizá espera un consejo... Vaya usted á verla, con pretexto ó sin pretexto... Es posible que su corazón la haga hablar, que se espontanee con usted... Entonces, dígame que sólo ella puede salvarlo... Es nuestro último recurso...

—Estoy dispuesto á hacer todo lo que usted crea útil...

—Son las seis. Mi auto me espera. Dentro de veinte minutos estará usted en su casa...

En el camino, prepararon la conversación. Pero Charreire, no teniendo de la señora de Entraque más que una impresión muy vaga, no sabía qué esperar de ella, ni cómo hablarle.

—Todo depende de cómo es ella: ¿es interesada ó sensible?.. ¿Preferirá su amor ó su honra?.. Empezará usted con prudencia... Le dirá usted, poco más ó menos: «La declaración de su marido es la perdición de Lermantes. ¿Sabe usted que es falsa?..» Y la verá usted venir... Si quiere hablar, no tardará en hacerlo. Si no...

—¿Si no?

Brevine hizo con la mano un gesto brutal sobre su cuello, y dijo con voz alterada:

—¡Sería monstruoso!..

El auto paró delante del hotel de la calle de Hamelin: los señores no estaban visibles. A fuerza de insistir, Charreire obtuvo que pasasen su tarjeta. Pero el criado volvió: su cara rolliza y mantecosa había tomado una expresión burlesca:

—La señora siente muchísimo no poder recibir á usted, dijo; la señora no se encuentra bien.

Y volvió á cerrar la puerta.

—Ha comprendido, murmuró Brevine; no quiere hablar. Lermantes está perdido.

—¡Y las amamos!, exclamó Charreire. ¡Y morimos por ellas!..

XVI

Los Nudrit habitaban, en una casa antigua del bulevar del Rey, un piso bajo que daba á un jardín en que cultivaban rosas. Allí envejecían juntos, en la dulzura de un tranquilo otoño, esperando la hora próxima del retiro, mientras sus hijos seguían su carrera por esos mundos, el uno en la marina y el otro en la magistratura colonial. Muy apoltronados en su casa, salían raramente y daban pocas recepciones: aquella pequeña comida de ocho cubiertos era un acontecimiento en su existencia. Con los Motiers de Fraisse, la baronesa Khârv y el Sr. Perrón, habían convidado al Sr. Treib, á quien conocían por relaciones de familia, y al barón Choffart, antiguo amigo. Un maestresala de alquiler, importante y torpe, ayudaba á su camarera, no muy desvuelta. Parte de la comida—los filetes de mero «Petit-Duc», el pollo «Mahomet» y el helado garapiñado,—venían de fuera, como el maestresala.

La baronesa Khârv se hizo esperar más allá de toda previsión; de modo que los Motiers de Fraisse, acostumbrados á comer temprano para no acostarse tarde, la maldecían en el alma: el presidente sobre todo, de una puntualidad maniática, y hambriento, además, por el desgaste de fuerzas hecho en el curso de sus interrogatorios. Así es que la conversación languidecía: se habían prometido no hablar del proceso, á fin de explayar el ánimo; y como no pensaban en otra cosa, no sabían qué decir. El Sr. Nudrit emprendió el elogio de Versailles, un puesto ideal, aunque algo pesado, para terminar una carrera modesta y tranquila; el Sr. Perrón no apreciaba en la ciudad de Luis XIV más que la proximidad de París. El gusto

modernista del Sr. Treib no podía sufrir los árboles podados á la francesa, ni el aspecto anticuado de las calles que cortan en ángulos rectos las anchas avenidas. Al barón Choffart, por el contrario, le gustaba el olor del pasado de que las casas se hallan todavía impregnadas.

—Otros comieron el asado, dijo; aquí nos queda un poco de su husmillo, y algo es.

Y bostezaba contemplando las reproducciones de Ary Scheffer y de Pablo Delaroche que adornaban las paredes. En sus marcos de pasta de papel, acababan de dar un aspecto Luis Felipe al salón, amueblado con sillones de estilo Luis XV, sólidos pero faltos de elegancia, que los ebanistas de la época fabricaban para la clase media. Dos campanillazos precipitados sonaron al fin; y la baronesa hizo su entrada. Estaba hermosa con su vestido de muselina de seda azul, cuyo escote, gnrnecido de encaje acanalado, dejaba ver un cuello blanquísimo y satinado que recordaba la frescura de la camelia. Llegó presurosa, jadeante, como si acabase de subir á un sexto piso; se excusó ensartando una porción de pequeñas mentiras, tan mal hilvanadas, que todo el mundo se echó á reír, y ella también. En seguida pasaron al comedor. Apenas acababan de tomar la sopa, cuando la señora Khârv, rompiendo la consigna, se puso á hablar del asunto prohibido, con su gracioso acento que triplicaba las r y cantaba como un arroyo:

—¡Cuánto le agradezco al Sr. Nudrit el haberme hecho entrar!.. Los puestos son tan solícitos... ¡Qué honor el conseguir uno! ¡Se siente una toda orgullosa cuando pasa con su papeleta en la mano! ¡Y después, ya no se piensa en tal cosa, porque se siente una arrastrada como por un río caudaloso!..

—¿Es palpitante como un drama bien hecho, verdad?, dijo Perrón, que estaba sentado á su derecha.

—¡Oh, diga usted más bien como una cacería!.. ¡Sí, sí, como una cacería!.. ¡El acusado es el zorro ó el jabalí!.. Todo el mundo se precipita contra él, jinetes, monteros, jauría..., ¡pim!, ¡pam!, ¡pum!.. La gente grita, los perros ladran, la res es acorralada... ¡Unos rien, otros lloran, éste se enfada, aquél tiene compasión, es trágico, es cómico, de todo hay!..

—... Al extremo de dar ganas de pasar por igual trance, insinuó Treib.

El bello escote se estremeció como bajo un chorro de agua fría:

—¡Brrr!.. ¡Qué dice usted!.. ¡Además, todo está tan bien dispuesto!.. ¡Aquellos soldados distribuidos en la sala!.. ¡Y aquellas togas encarnadas!.. ¡Todo tan imponente!..

Dirigió al Sr. Motiers de Fraisse una mirada algo pavorosa que le halagó; y, volviéndose hacia Perrón, le preguntó con una brusquedad pueril:

—¿Por qué no se pone usted también una toga encarnada?.. Sienta mucho mejor...

Perrón explicó, no sin contrición, que no tenía derecho á llevarla, porque no era más que simple juez.

—Entonces, ¿y el otro?.. ¿El que hace así?..

Esto diciendo, agitó sus hermosos brazos, desnudos hasta el codo, imitando tan cómicamente el gesto habitual de Rutor, que todo el mundo se echó á reír. El Sr. Motiers de Fraisse trató de explicarle la jerarquía judicial; ella le interrumpió antes de que hubiese concluído, exclamando:

—¿En fin, es usted el que lo dirige todo, verdad?.. Pues entonces, dígame, ¿cree usted que es culpable?

Desconcertados por semejante ligereza, los tres magistrados se consultaron con la mirada, con gestos prudentes y el Sr. Nudrit contestó:

—No somos nosotros los llamados á zanjar la cuestión, señora, es el jurado.

—¿El jurado?... ¿Aquellos señores alineados en dos bancos como gallinas en una pared? ¡Pero écos no llevan toga encarnada!.. ¡Ni siquiera toga negra!.. Van bastante mal trajeados... ¡Son ustedes superiores á ellos!..

—No; no, señora; no lo crea usted, rectificó Perrón. Los jurados son soberanos; mañana oirá usted al fiscal y al abogado defensor repetirles hasta la saciedad: «La ley los ha colocado á ustedes tan alto, señores, que su veredicto es sin apelación, que... que... que...» No se deja nunca de halagarlos así, y creo que les llena de orgullosa satisfacción.

—Después de todo, no se les dice más que la verdad, añadió el Sr. Motiers de Fraisse. Pronuncian, con un sí ó con un no, la culpabilidad ó inculpabilidad del acusado. Y se acabó.

—¿Entonces, ustedes?

—Nosotros pronunciamos la sentencia.

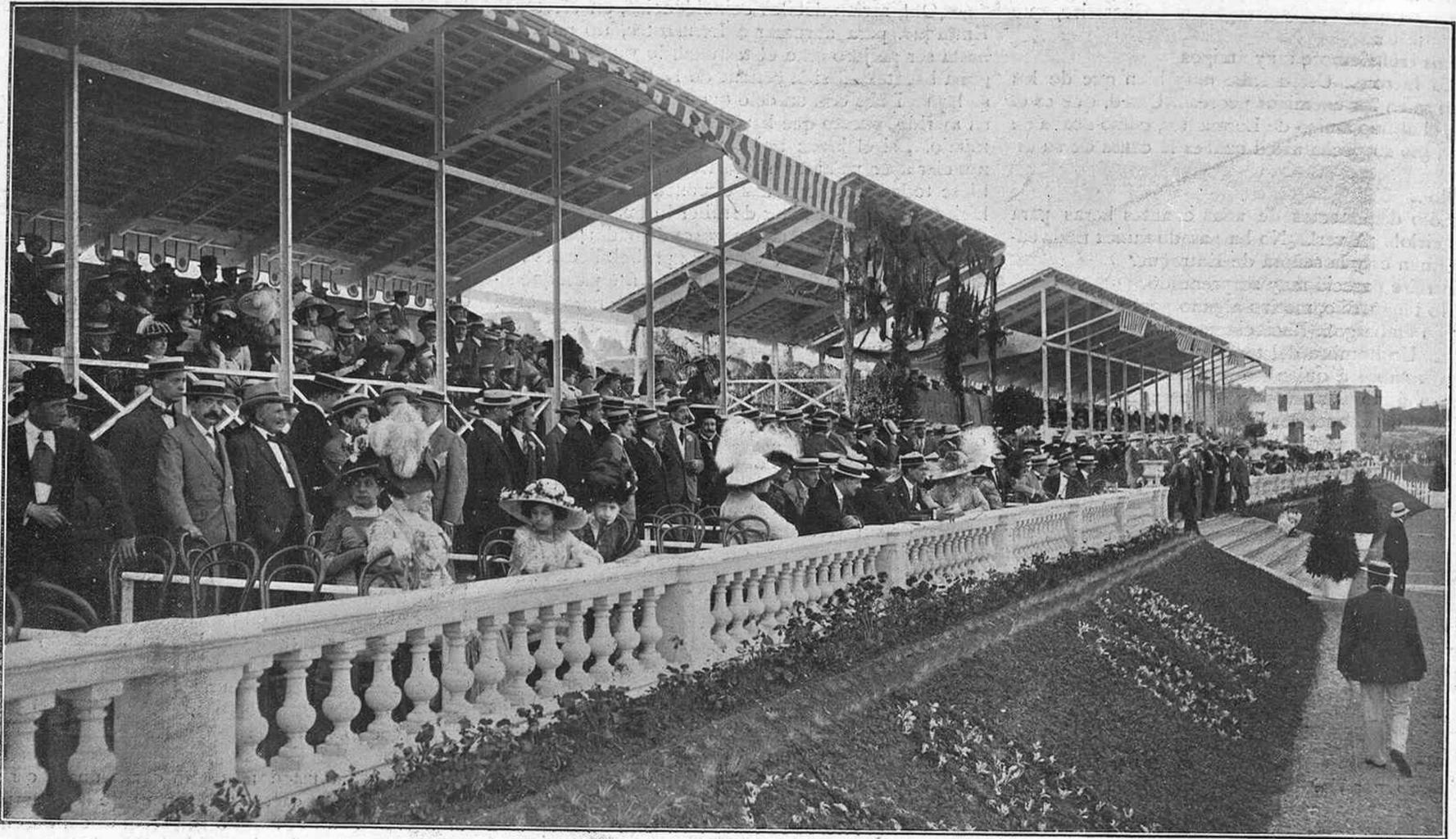
—¿Entonces son ustedes los que condenan á tal ó cual pena?.. ¿Hasta á la pena de muerte?..

—¡Eh, sí, señora!, contestó modestamente Perrón.

—¡Qué poder el de ustedes!

(Se continuará.)

ACTUALIDADES BARCELONESAS.—EL CONCURSO HÍPICO.—EN HONOR DE MEJÍA LEQUERICA



Concurso Hípico.—Aspecto de las tribunas el día de la inauguración

Ha comenzado el Concurso Hípico del presente año en el nuevo local que al efecto ha adquirido el Real Polo Club y Sociedad Hípica de Barcelona, y que se halla situado en las afueras de esta ciudad, en el término de Las Corts de Sarriá.

El campo, que ofrece un aspecto hermoso, tiene 160 metros de largo por 65 de ancho, y contando el sitio ocupado por las tribunas, palcos, buffet y otras dependencias, sus dimensiones son de 300 por 150 metros. En dicho campo se han levantado tres tribunas, la del centro destinada á las familias de los socios y las laterales para los demás concurrentes; estas tribunas ofrecen elegante aspecto y desde ellas, gracias á su elevación sobre el campo de ejercicios, se dominan perfectamente todos los incidentes de las carreras.

Frente á las tribunas y aislados por un ancho paseo enarenado, se han construido 52 palcos, separados del campo por una baranda de piedra artificial, delante de la cual hay unos bonitos parterres. En la parte opuesta y tocando al campo del polo están las tribunas del jurado, de la secretaría y de la prensa.

Detrás de las tribunas, hay una espaciosa plaza para carruajes que tiene unos 300 metros de ancho.

La superficie total del terreno que ocupa la sociedad es de dos millones de palmos; en este recinto se hallan enclavados el chalet del polo y un grandioso edificio, en cuya planta baja están la secretaría, el guardaarnés y sitio adecuado para lavar las monturas, y en el primer piso un saloncito para señoras y un gran salón. Hay, además, otro vasto edificio destinado á cuadras, que son espaciosas y bien ventiladas.

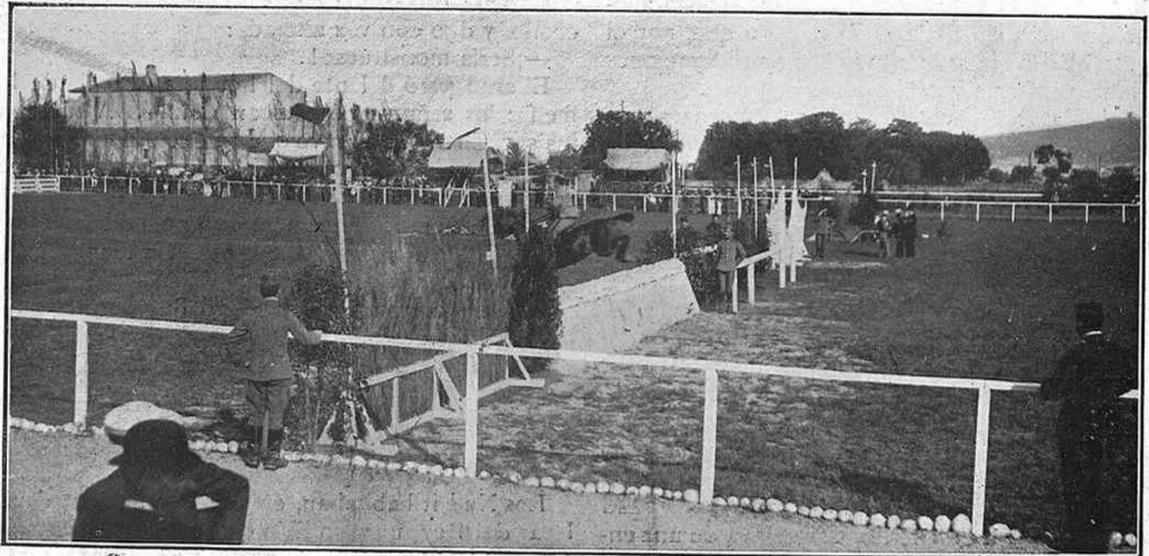
Las sesiones del Concurso Hípico hasta ahora celebradas han estado concurrendísimas, pudiendo afirmarse que á ellas ha asistido toda la alta sociedad barcelonesa.

En las carreras han tomado parte numerosos jinetes, varios de ellos extranjeros, que con gran lucimiento se han disputado, y continúan disputándose, los valiosos premios, entre los cua-

les descuellan los de la familia real, consistentes en una hermosa copa, un reloj de sobremesa, un cronómetro de oro y un alfiler de corbata.

rica á una de las calles transversales de la Granvía A de la Reforma.

Reunidas en las Casas Consistoriales las personas invitadas,



Concurso Hípico.—Uno de los caballos saltando un obstáculo

El día 18 de los corrientes, efectuóse la solemne ceremonia de dar el nombre del ilustré ecuatoriano D. José Mejía Leque-

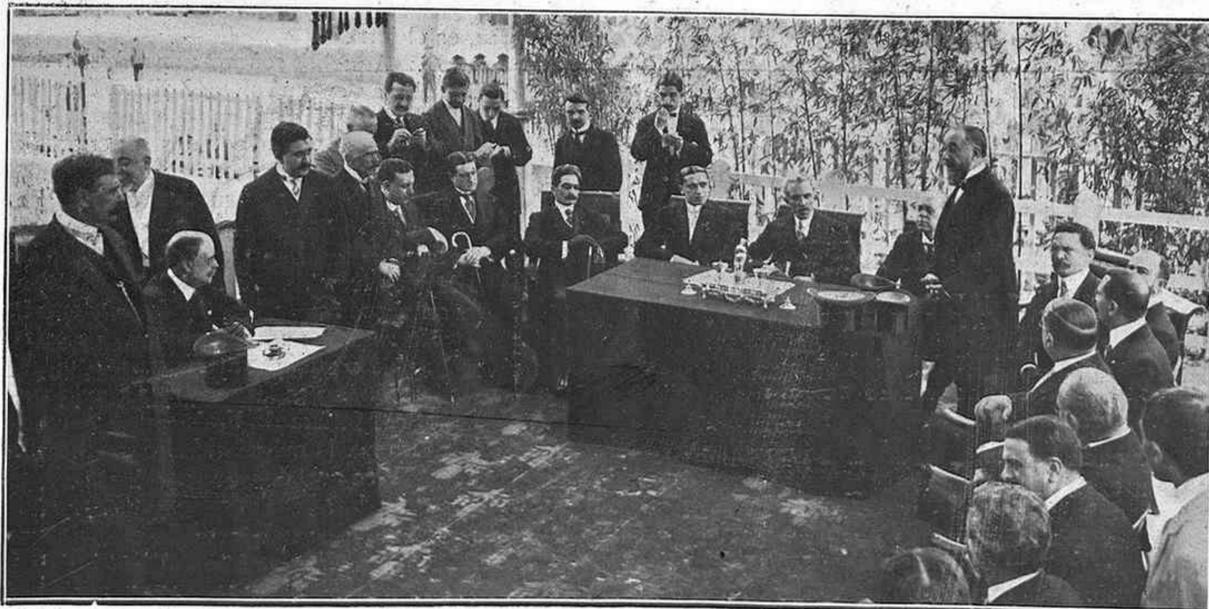
á las once se constituyó la comitiva formada por los señores gobernador civil D. Manuel Portela, el alcalde Sr. marqués de Marianao, el senador Sr. Rahola, presidente de la sección de Estudios Americanistas de la Casa de América, el señor Yerovi, cónsul del Ecuador en Barcelona y delegado especial del presidente de aquella República, una comisión de concejales, representantes de la Diputación provincial, de la Casa de América y de varias entidades, los cónsules de las repúblicas americanas y otras personalidades.

Llegada la comitiva al lugar en donde la ceremonia debía realizarse, los elementos oficiales y los invitados ocuparon una tribuna y comenzó el acto con la lectura del acuerdo consistorial referente al mismo.

El Sr. Rahola, después de dar las gracias al Ayuntamiento en nombre de la Casa de América, enumeró los méritos contraídos por Lequerica, uno de los que mayor gloria dieron á las Cortes de Cádiz, y saludó efusivamente al representante del Ecuador Sr. Yerovi. Éste leyó un bien escrito trabajo estudiando á Lequerica como teólogo, médico, político y escritor, y dió las gracias al Ayuntamiento, á las autoridades y á todos los que habían honrado el acto con su presencia.

Pronunciaron también discursos el alcalde y el gobernador. Finalmente, á los acordes del Himno Ecuatoriano y de la Marcha Real, se descubrió la lápida en la que se consigna el nombre de la nueva calle, en castellano y catalán.

D. José Mejía Lequerica nació en Quito (Ecuador) en 1777 y murió en Cádiz en 1813. Fué diputado en las Cortes españolas en circunstancias muy críticas, defendió con ardor los intereses de España contra la ambición de Napoleón, y los de América contra las pretensiones de España; se mostró digno émulo de Argüelles, mereciendo que se le apellidase el «Mirabeau americano» y fué juzgado por los escritores contemporáneos como una de las figuras más salientes de las Cortes de 1812.—P.



En honor de Mejía Lequerica.—Ceremonia de dar el nombre de este ilustré ecuatoriano á una de las nuevas calles de la Reforma. (De fotografías de nuestro reportero A. Merletti.)

ROMA

LA TUMBA DE RAFAEL EN EL PANTEÓN

Al morir en 1520 Rafael Sanzio, fué enterrado en la capilla llamada de la Virgen de la Peña, que, por encargo suyo, fué esculpida después de su muerte por su discípulo Lorenzetto.

Rafael había dispuesto también que junto á los suyos se inhumasen los restos de su prometida María Bibiena, con la que había tenido amores casi desde niño y que había fallecido tres meses antes que él, cuando se disponía á tomarla por esposa. María era sobrina del cardenal Bibiena, el amigo íntimo del papa León X. Los deseos del pintor divino no fueron en esto último realizados, pues las cenizas de María no descansan al lado de las suyas; pero de que tales deseos existieron son buena prueba las inscripciones que aun se conservan y que fueron redactadas á raíz de su fallecimiento por el cardenal Bembo, y en las cuales se habla explícitamente de la voluntad de Rafael expresada en su testamento.

Era, pues, general la creencia de que Rafael descansaba en aquella capilla, cuando á mediados del siglo XVIII se expuso en la Academia de San Lucas un cráneo que se decía ser de aquél y esto hizo que se pusiera en duda lo que hasta entonces se había tenido por cierto, tanto más cuanto que el célebre arqueólogo Carlos Fea afirmaba que el cadáver de Sanzio no estaba en el Panteón, sino en la iglesia de la Minerva.

En 1833, la Congregación Artística de los Amigos del Panteón, después de vencer grandes dificultades, emprendió trabajos de investigación para descubrir el paradero de los restos del de Urbino, y derribada la mesa del altar, apareció debajo de la estatua de la Virgen un arco tapiado; perforada aquella pared, descubrióse un esqueleto en perfecto estado de conservación que, según todos los antiguos testimonios no podía ser de otro que de



Roma.—La capilla y la tumba de Rafael Sanzio en el Panteón, que han sido recientemente restituídas á su estado primitivo bajo la dirección del profesor Antonio Muñoz. (De fotografía de Carlos Abeniacar.)

Rafael. El papa Gregorio XVI dispuso entonces que aquellos venerados restos fuesen encerrados en un

magnífico sarcófago, que él mismo regaló, y colocados nuevamente dentro del arco, que éste fuese tapiado y que se reconstruyese el altar que lo tapaba.

Pero aquella capilla había sufrido, además, otras transformaciones, entre ellas la de haberse cambiado de lugar la lápida referente á María Bibiena, que había sido puesta tan alto que era imposible leerla. A fines del año pasado, con motivo de haberse solicitado que esta lápida volviese á su sitio, el Consejo Supremo de Bellas Artes ocupóse nuevamente en la tumba de Rafael y dispuso que se dejase el sarcófago al descubierto, encargando al inspector de Monumentos Antonio Muñoz el proyecto de una restauración definitiva.

El profesor Muñoz cumplió perfectamente el encargo, y el domingo, día 18 de los corrientes, el público pudo ver la antigua y famosa capilla restituída á su primitivo estado: el altar que ocultaba el arco ha sido substituído por una mesa de altar sostenida por dos esbeltas columnitas y que deja descubierta la vista de aquél; y el muro que cerraba la bóveda ha sido derribado pudiendo así verse perfectamente la magnífica urna en que se guardaron, en 1833, los restos mortales del eximio artista.

La capilla de Nuestra Señora de la Peña, libre de todas las ornamentaciones que habían desfigurado su antiguo carácter, vuelve hoy á mostrarse en toda la simplicidad y en toda la pureza de sus líneas clásicas.

En uno de los nichos laterales está el busto de Rafael; el otro hallase vacío y debajo de él se ve la lápida de María Bibiena. El busto de ésta, que debía hacer juego con aquél, no ha podido modelarse porque, aunque se supone con fundamento que Sanzio debió de copiar su imagen en alguna de esas hermosas desconocidas que nos ha legado, no se conoce ningún retrato auténtico de la que Rafael denominaba «la niña bella.»—S.

CITRATO EFERVESCENTE "KING"
LA PRIMERA MAGNESIA DEL MUNDO
 SU VENTA EN ESPAÑA PASA DE 300.000 FRASCOS ANUALES
ESTE ES EL MEJOR ARGUMENTO
 Agente exclusivo: EDUARDO SOLA - Trafalgar 13 - Barcelona

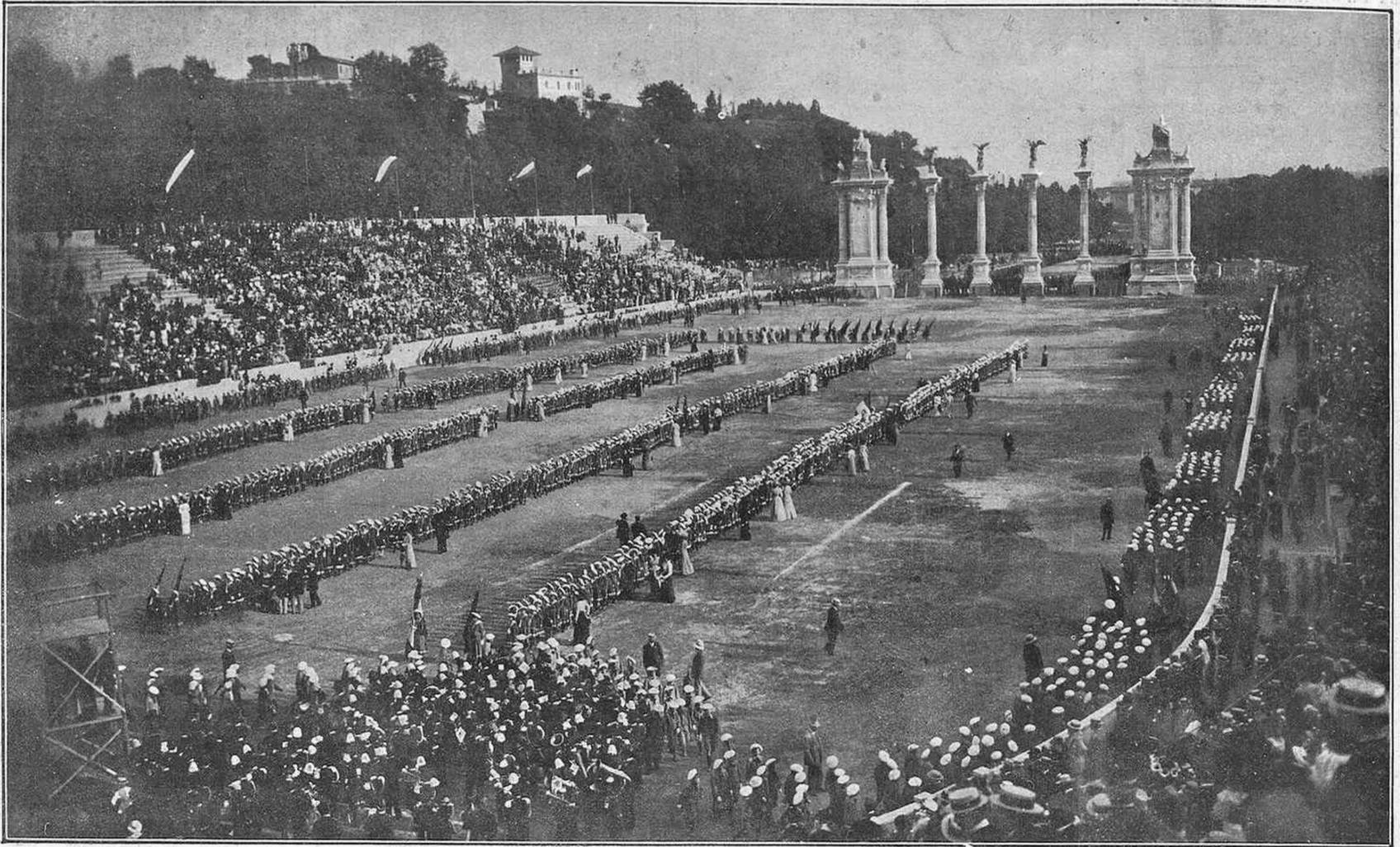
ANEMIA DEBILIDAD Verdadero **HIERRO QUEVENNE**
 Curadas por el Verdadero. El más activo y económico. el único Inalterable.— Excl. el Verdadero, 14, R. Beaux-Arts, París.

FÁBULAS DE LA-FONTAINE
 Nueva traducción debida á D. Teodoro Llorente, ilustrada con notables dibujos intercalados en el texto y láminas tiradas aparte, originales de Gustavo Doré. — Esta notable edición en un tomo casi folio, ricamente encuadernado con tapas alegóricas, se vende al precio de 35 pesetas en la casa editorial de Montaner y Simón, Aragón, 255, Barcelona.

Las Personas que conocen las **PILDORAS DEL DOCTOR DEHAUT** DE PARIS
no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentación empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el **PILIVORE, DUSSEY**, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.

ROMA.—INAUGURACIÓN DEL ESTADIO NACIONAL. (Fotografías de Carlos Abeniacar.)



Los niños de las escuelas de Roma practicando ejercicios gimnásticos en el estadio el día de la inauguración

El día 11 de los corrientes efectuóse en Roma la inauguración del Estadio Nacional con una hermosa fiesta infantil en la que tomaron parte los niños y las niñas de todas las escuelas romanas.

El grandioso estadio, obra del ingeniero Angel Guazzaroni y del arquitecto Marcelo Piacentini, es una construcción de líneas sencillas, regulares y elegantes y de armónicas proporciones perfectamente adecuada al fin á que se la destina. Caben en él 30.000 espectadores y tiene, además de la inmensa pista, vastas dependencias interiores, tales como salas de baño, dormitorios, restaurantes, cantinas, salas de reunión, etc. A la entrada del mismo, álzase un hermoso frontón constituido por dos grandes pilastras y cuatro esbeltas columnas; en la pilastra de la izquierda hay una estatua de la Fuerza, debajo de la cual se lee el verso horaciano: «*Fortes creantur fortibus et bonis*»; en la de la derecha, la estatua de la Emulación y debajo de ella la frase de Mazzini: «*L'emulazione è il segreto della grandezza dei popoli*». Entre las pilastras se ven cuatro esbeltas columnas que sostienen sendas Victorias con los símbolos de los deportes de la Tierra, del Fuego, del Agua y del Aire. Estas cuatro Victorias, lo mismo

que las estatuas de la Fuerza y de la Emulación, han sido modeladas por el notable escultor Vito Fardo.

A la fiesta inaugural asistieron los reyes acompañados de su corte, el gobierno, las autoridades, representantes del Parlamento, delegaciones de las más importantes entidades deportivas de Italia y un público numerosísimo.

Los niños, en número de 10.000, desfilaron marcialmente en columna por delante de las tribunas y fueron á colocarse en filas en el centro del estadio; todos, niños y niñas, vestían marineras azules con cuello blanco y llevaban boinas blancas.

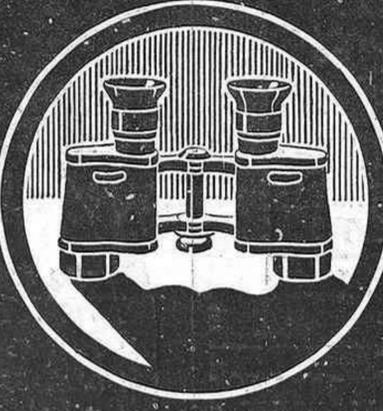
Después de haber formado todas las banderas un hermoso grupo de homenaje delante de la tribuna regia, los escolares practicaron con precisión matemática multitud de ejercicios y terminaron cantando el hermoso Himno de Mamelli, que produjo un efecto grandioso.

El público tributó continuas ovaciones á los infantiles gimnastas y éstos hicieron una entusiasta y cariñosa despedida á los reyes cuando abandonaron el estadio.

Reino de Sajonia.
Technikum Mittweida.
 Director: Profesor A. Holz.
 Escuela superior técnica p. la enseñanza de electrotécnica y construcción de máquinas. Secciones espec. p. ingenieros y técnicos. Laboratorios electrotécnicos y mecánicos. Talleres para la instrucción práctica. Mayor frecuencia anual 3610 estudiantes. Programa etc. gratis de la secretaria.

Data de 1849 Paris
PUREZA DEL CUTIS
 — LAIT ANTÉPÉLIQUE —
LA LECHE ANTEFÉLICA
 ó Leche Candès
 pura ó mezclada con agua, disipa PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA SARPULLIDOS, TEZ BARROSA ARRUGAS PRECOSES EFLORESCENCIAS ROJECES.
 Pone y conserva el outis limpio y terso
 Casa CANDÈS
 B^e St-Denis, 16

DICCIONARIO
 de las lenguas española y francesa
 por NEMESIO FERNÁNDEZ CUESTA
 Cuatro tomos encuadernados: 55 pesetas
 MONTANER Y SIMÓN, EDITORES



ZEISS
GEMELOS
 PARA VIAJE,
 DEPORTE Y CAZA.
 PIDASE EL PROSPECTO «T. 224»
 De venta en todos los Establecimientos de Optica, y por
CARL ZEISS, Jena, ALEMANIA
 Berlín - Francoforte s/M. - Hamburgo
 Londres - París - San Petersburgo - Viena.

AVISO Á LAS SEÑORAS
EL APÍOL DE LOS RES
JORET-HOMOLLE
 CURA
 LOS DOLORES, RETARDOS,
 SUPPRESSIONES DE LOS
 MENSTRUOS
 F^{ia} G. SÉGUIN - PARIS
 165, Rue St-Honoré, 165
 Y TODAS FARMACIAS y DROGUERIAS



URANIA
 INCOMPARABLE
 600 ptas.
 La más sólida, visible y perfeccionada.
 Agente General para España
 JUAN ROVIRA - CORTES, 619, BAJOS
 BARCELONA